

# Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (10/13)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

## Capítulo XIX. Medios por los que se construyó esta Iglesia.

Quienes hayan hablado u oído hablar de este sagrado edificio querrán saber de dónde se obtuvieron los medios, que en total superan ya el medio millón. Me encuentro en una gran dificultad para responderme a mí mismo, por lo que soy menos capaz de satisfacer a los demás. Diré, por tanto, que los órganos legales dieron grandes esperanzas al principio; pero en la práctica decidieron no contribuir. Algunos ciudadanos acaudalados, viendo la necesidad de este edificio, prometieron ostentosas limosnas, pero en su mayoría cambiaron de opinión y juzgaron mejor emplear su caridad en otra parte.

Es cierto que algunos devotos acomodados habían prometido oblaciones, pero en el momento oportuno, es decir, harían oblaciones cuando estuvieran seguros de la obra y la hubieran visto en marcha.

Con las ofrendas del Santo Padre y de algunas otras personas piadosas, se pudo comprar el terreno y nada más; de modo que, cuando llegó el momento de comenzar la obra, no tenía ni un céntimo para gastar en ella. Aquí, por una parte, estaba la certeza de que este edificio era para la mayor gloria de Dios, por otra, estaba la absoluta falta de medios. Entonces quedó claro que la Reina del Cielo no quería que los cuerpos morales, sino los cuerpos reales, es decir, los verdaderos devotos de María, tomaran parte en el santo empeño, y María misma quiso poner su mano en ello y hacer saber que era su propia obra la que quería construirlo: *Aedificavit sibi domum Maria.*

Emprendo, pues, el relato de las cosas tal como sucedieron, y cuento concienzudamente la verdad, y me encomiendo al benévolo lector para que me compadezca benignamente si encuentra algo que no le agrade. He aquí la verdad. La excavación había comenzado, y se acercaba la quincena en que había que pagar a los excavadores, y no había dinero alguno; cuando un suceso afortunado abrió un camino inesperado a la caridad. A causa del sagrado ministerio, me llamaron a la cabecera de la cama de una persona gravemente enferma. Llevaba tres meses inmóvil, atormentada por la tos y la fiebre, con un grave agotamiento estomacal. Si alguna vez - me dijo- pudiera recuperar un poco de salud, estaría dispuesta a hacer cualquier oración, cualquier sacrificio; sería un gran favor para mí si pudiera siquiera levantarme de la cama.

- ¿Qué piensas hacer?

- Lo que tú me digas.

- Hacer una novena a María Auxiliadora.

- ¿Qué debo rezar?

- Durante nueve días reza tres Padrenuestros, Avemarías y Gloria al Santísimo Sacramento con tres Avemarías a la Santísima Virgen.

- Esto haré; ¿y qué obra de caridad?

- Si juzgáis bien y si conseguís una mejora real de vuestra salud, haréis algunas ofrendas para la Iglesia de María Auxiliadora que se está iniciando en Valdocco.

- Sí, sí: con mucho gusto. Si en el curso de esta novena sólo consigo levantarme de la cama y dar unos pasos por esta habitación, haré una ofrenda para la iglesia que mencionas en honor de la Santísima Virgen María.

Comenzó la novena y ya estábamos en el último día; aquella tarde debía entregar nada menos que mil francos a los albañiles. Fui, pues, a visitar a nuestra enferma, en cuya recuperación estaban invertidos todos mis recursos, y no sin ansiedad y agitación llamé al timbre de su casa. La empleada abre la puerta y me anuncia con alegría que su señora estaba perfectamente recuperada, que ya había dado dos paseos y que ya había ido a la iglesia a dar gracias al Señor.

Mientras la empleada se apresuraba a contar estas cosas, la misma señora se acercó, jubilosa, diciendo: Estoy curada, ya he ido a dar gracias a la Santísima Virgen; ven, aquí tienes el paquete que te he preparado; ésta es la primera ofrenda, pero sin duda no será la última. Tomé el paquete, fui a casa, lo revisé y encontré en él cincuenta napoleones de oro, que formaban precisamente los mil francos que ella necesitaba.

Este hecho, el primero en su género, lo mantuve celosamente oculto; sin embargo, se propagó como una chispa eléctrica. Otros y luego otros se encomendaron a María Auxiliadora haciendo la novena y prometiendo alguna oblación si obtenían la gracia implorada. Y aquí, si quisiera exponer la multitud de hechos, tendría que hacer no un pequeño opúsculo, sino grandes volúmenes.

Cesaron los dolores de cabeza, se vencieron las fiebres, se curaron las llagas y úlceras cancerosas, cesó el reumatismo, se curaron las convulsiones, se curaron instantáneamente las dolencias de ojos, oídos, dientes y riñones; tales son los medios de que se sirvió la misericordia del Señor para proporcionarnos lo necesario para llevar a término esta iglesia.

Turín, Génova, Bolonia, Nápoles, pero más que ninguna otra ciudad, Milán, Florencia y Roma fueron las ciudades que, habiendo experimentado especialmente la benéfica influencia de la Madre de las Gracias invocada bajo el nombre de Auxilio de los Cristianos, mostraron también su gratitud con oblaciones. Incluso países más remotos como Palermo, Viena, París, Londres y Berlín se dirigieron a María Auxiliadora con las oraciones y promesas habituales. No me consta que nadie haya recurrido en vano. Un favor espiritual o temporal más o menos marcado era siempre el fruto de la petición y del recurso hechos a la Madre piadosa, a la poderosa ayuda de los cristianos. Recurrían, obtenían el favor celestial, hacían su ofrenda sin que se les pidiera en modo alguno.

Si tú, oh lector, entras en esta iglesia, verás un

púlpito elegantemente construido para nosotros; es una persona gravemente enferma, que hace una promesa a María Auxiliadora; Ella cura y ha cumplido su voto. El elegante altar de la capilla de la derecha pertenece a una matrona romana que lo ofrece a María por la gracia recibida.

Si serias razones, que todo el mundo puede conjeturar a la ligera, no me persuadieran de posponer su publicación, podría decir el país y los nombres de las personas que apelaron a María desde todas partes. En efecto, podría decirse que cada rincón, cada ladrillo de este edificio sagrado recuerda un beneficio, una gracia obtenida de esta augusta Reina del Cielo.

Una persona imparcial recogerá estos hechos, que a su debido tiempo servirán para dar a conocer a la posteridad las maravillas de María Auxiliadora.

En estos últimos tiempos la miseria se hacía sentir de manera excepcional, también nosotros frenábamos la obra a la espera de tiempos mejores para su continuación; cuando otros medios providenciales vinieron al rescate. El *cólera morbus* que hizo estragos entre nosotros y en los países vecinos conmovió a los corazones más insensibles e inescrupulosos.

Entre otros, una madre, al ver a su único hijo asfixiado por la violencia de la enfermedad, le instó dirigirse a María Santísima en busca de ayuda. En el exceso del dolor pronunció estas palabras: *Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. Con el más cálido afecto de corazón, su madre repitió la misma jaculatoria. En ese momento, la violencia de la enfermedad se mitigó, el enfermo sudó profusamente, de modo que en pocas horas estuvo fuera de peligro y casi completamente curado. La noticia de este hecho se difundió, y entonces otros se encomendaron con fe en Dios Todopoderoso y en el poder de María Auxiliadora con la promesa de hacer alguna ofrenda para continuar la construcción de su iglesia. No se sabe de nadie que haya recurrido a María de este modo sin ser escuchado. Se cumple así el dicho de San Bernardo, según el cual nunca se ha sabido de nadie que haya

recurrido confiadamente a María en vano. Mientras escribía (mayo de 1868) recibí un ofrecimiento con un informe de una persona de gran autoridad, que me anunciaba cómo todo un país se había librado de manera extraordinaria de la infestación del cólera gracias a la medalla, al recurso y a la oración hechos a María Auxiliadora. De este modo hubo oblaciones de todas partes, oblaciones, es verdad, de pequeña entidad, pero que juntas fueron suficientes para la necesidad.

Tampoco debía pasarse en silencio otro medio de caridad para esta iglesia, como la ofrenda de una parte de las ganancias del comercio, o del fruto del campo. Muchos, que durante muchos años habían dejado de recibir el fruto de los gusanos de seda y de las cosechas, prometieron dar la décima parte del producto que recibieran. Se sentían extraordinariamente favorecidos; contentos, pues, de mostrar a su celestial benefactora signos especiales de gratitud con sus ofrendas.

De este modo, hemos llevado a cabo este majestuoso edificio para nosotros con una asombrosa dispensación, sin que nadie haya hecho nunca una colecta de ningún tipo. ¿Quién podría creerlo? Una sexta parte de los gastos se cubrió con oblaciones de personas devotas; el resto fueron todas oblaciones hechas por gracias recibidas.

Ahora aún quedan algunas notas por saldar, algunas obras por terminar, muchos ornamentos y mobiliario por proveer, pero tenemos una gran confianza en esta augusta Reina del Cielo, que no cesará de bendecir a sus devotos y de concederles gracias especiales, de modo que por devoción a Ella y por gratitud por las gracias recibidas seguirán prestando su benéfica mano para llevar a término la santa empresa. Y así, como dice el supremo Pastor de la Iglesia, que los devotos de María aumenten sobre la tierra y que sea mayor el número de sus afortunados hijos, que un día harán su gloriosa corona en el reino de los cielos para alabarla, bendecirla y darle gracias por siempre.

**Himno de Vísperas de la Fiesta de María A.**

Te Redemptoris, Dominique nostri  
Dicimus Matrem, speciosa virgo,  
Christianorum decus et levamen  
Rebus in arctis.

Saevant portae licet inferorum,  
Hostis antiquus fremat, et minaces,  
Ut Deo sacrum populetur agmen,  
Suscitet iras.

Nil truces possunt furiae nocere  
Mentibus castis, prece, quas vocata  
Annuens Virgo fovet, et superno  
Robore firmat.

Tanta si nobis faveat Patrona  
Bellici cessat sceleris tumultus,  
Mille sternuntur, fugiuntque turmae,  
Mille cohortes.

Tollit ut sancta caput in Sione  
Turris, arx firmo fabricata muro,  
Civitas David, clypeis, et acri  
Milite tuta.

Virgo sic fortis Domini potenti  
Dextera, caeli cumulata donis,  
A piis longe famulis repellit  
Daemonis ictus.

Te per aeternos veneremur annos,  
Trinitas, summo celebrando plausu,  
Te fide mentes resonoque linguae  
Carmine laudent. Amén.

### **Himno de Vísperas de la Fiesta de María A. – TRADUCCIÓN**

Virgen Madre del Señor,  
Nuestra ayuda y nuestro orgullo,  
Desde el valle de lágrimas  
Te imploramos con fe y amor.

Desde las puertas del infierno  
Detén la hueste amenazadora,  
Tú piadosamente estás vigilando



Gestiens Clerus, populusque grato  
Corde Reginae celebrare caeli  
Munera certent.

Virginum Virgo, benedicta Iesu  
Mater, haec auge bona: fac, precamur,  
Ut gregem Pastor Pius ad salutis  
Pascua ducat.

Te per aeternos veneremur annos,  
Trinitas, summo celebrando plausu,  
Te fide mentes, resonoque linguae  
Carmine laudent. Amen.

### **Himno de alabanza – *TRADUCCIÓN.***

Cuando el acérrimo enemigo  
Al asalto fue visto  
Con las armas más terribles  
Al pueblo de Cristo,  
A menudo a las defensas  
María del cielo descendió.

Columnas altares y cúpulas  
Con trofeos adornados  
Y ritos, fiestas y cánticos  
le fueron dedicados.  
Oh, cuántos son los recuerdos  
¡De sus muchas victorias!

Pero a sus nuevos favores  
A sus nuevos favores;  
Que todas las naciones se unan  
Y los coros excelsos  
En divina armonía  
Con la Ciudad Reina.

La inconsolable Iglesia  
Sus párpados se calmen;  
En el día que amaneció  
Del largo y triste exilio  
De Pedro a la Sede suprema  
Regresó el Supremo Heredero.

Los jóvenes virginales

Los castos adolescentes

Con el Clero y el pueblo

Cantin tan auspiciosos acontecimientos:

Gareggino en homenaje

De afecto y lengua.

Oh Virgen de las vírgenes

Madre del Dios de la paz,

Pueda el Pastor de las almas

Con labio tan verdadero

Y su alta virtud

Guiarnos a la salud.

[...]

Teol. PAGNONE

[\(continuación\)](#)

---

## **Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (9/13)**

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

**Capítulo XVII. Continuación y terminación del edificio.**

Parece que la Santísima Virgen cumplió de hecho la oración hecha públicamente en la bendición de la piedra angular. Las obras continuaron con la mayor celeridad, y en el transcurso de 1865 el edificio fue llevado hasta el tejado, cubierto, y la bóveda completada, con excepción de la sección incluida en la periferia de la cúpula. En 1866 se completó la

cúpula y se cubrió todo con cobre estañado.

En 1867 se terminó la estatua que representa a María Madre de Misericordia bendiciendo a sus devotos. Al pie de la estatua se encuentra esta inscripción: *Angela y Benedetto Chirio esposos en homenaje a María Auxiliadora FF.* Estas palabras recuerdan los nombres de los beneméritos donantes de esta estatua, que es de cobre forjado. Mide unos cuatro metros de altura y está coronada por doce estrellas doradas que coronan la cabeza de la gloriosa Reina del Cielo. Cuando se colocó la estatua en su lugar, estaba simplemente bronceada, lo que revelaba muy bien la obra de arte, pero a cierta distancia se hacía apenas visible, por lo que se juzgó conveniente dorarla. Una persona piadosa, merecedora ya de muchos títulos, se encargó de ese gasto.

Ahora brilla intensamente, y a quienes la miran desde lejos, cuando es batida por los rayos del sol, les parece que habla y quiere decir:

Soy bella como la luna, electa como el sol: *Pulcra ut luna, electa ut sol.* Estoy aquí para acoger las súplicas de mis hijos, para enriquecer con gracias y bendiciones a los que me aman. *Ego in altissimis habito ut ditem diligentes me, et thesauros eorum repleam.*

Una vez terminado el trabajo de decoración y ornamentación de la estatua, fue bendecida con una de las solemnidades más devotas.

Monseñor Riccardi, nuestro veneradísimo Arzobispo, asistido por tres canónigos de la Metrópoli y muchos sacerdotes, se complació en venir él mismo a realizar esa sagrada función. Tras un breve discurso destinado a demostrar el antiguo uso de las imágenes entre el pueblo judío y en la Iglesia primitiva, se compartió la bendición con el Venerable.

En el año 1867, las obras estaban casi terminadas. El resto del interior de la iglesia se hizo en los cinco primeros meses del año 1868.

Hay, pues, cinco altares, todos de mármol trabajado con diferentes diseños y frisos. Por la preciosidad

del mármol, destaca el de la capilla lateral de la derecha, que contiene verde antiguo, rojo español, alabastro oriental y malaquita. Las balaustradas también son de mármol; los suelos y los presbiterios son de mosaico. Los muros interiores de la iglesia se colorearon simplemente, sin pintura, por temor a que la reciente construcción de las paredes falsificara el tipo de color.

Desde la primera base hasta la mayor altura hay 70 metros; los zócalos, los enlaces y las cornisas son de granito. En el interior de la iglesia y en la cúpula hay barandillas de hierro para asegurar a quienes tuvieran que realizar algún trabajo allí. En el exterior de la cúpula hay tres con una escalera, si no muy cómoda, ciertamente segura para quienes deseen subir al pedestal de la estatua. Hay dos campanarios coronados por dos estatuas de dos metros y medio de altura cada una. Una de estas estatuas representa al Ángel Gabriel en el acto de ofrecer una corona a la Santísima Virgen; la otra a San Miguel sosteniendo una bandera en la mano, en la que está escrito en grandes letras: Lepanto. Así se conmemora la gran victoria obtenida por los cristianos contra los turcos en Lepanto por intercesión de la Santísima Virgen María. Encima de uno de los campanarios hay un concierto de cinco campanas en *mi bemol*, que algunos dignos devotos han promovido con sus ofrendas. Sobre las campanas hay grabadas varias imágenes con inscripciones similares. Una de estas campanas está dedicada al Supremo Pastor de la Iglesia Pío IX, otra a nuestro Arzobispo Riccardi.

### **Capítulo XVIII. Ancona Mayor. Pintura de San José – Púlpito.**

En el izquierdo izquierdo se encuentra el altar dedicado a San José. La pintura del santo es obra del artista Tomaso Lorenzone. La composición es simbólica. El Salvador es presentado como un niño en el acto de entregar un cesto de flores a la Santísima Virgen como diciendo: *flores mei, flores honoris et honestatis*. Su Augusta Madre dice que se lo ofrezca a San José, su esposo, para que de su mano se las entregue a

los fieles que las esperan con las manos levantadas. Las flores representan las gracias que Jesús ofrece a María, mientras que ella constituye a San José su dispensador absoluto, como le saluda la Santa Iglesia: *constituit eum dominum domus suae*.

La altura del cuadro es de 4 metros por 2 metros de ancho.

El púlpito es muy majestuoso; el diseño es también del cav. Antonio Spezia; la escultura y todas las demás obras son obra de los jóvenes del Oratorio de San Francisco de Sales. El material es nogal tallado y las tablas están bien unidas. Su posición es tal que el predicador puede verse desde cualquier rincón de la iglesia.

Pero el monumento más glorioso de esta iglesia es el retablo, la gran pintura situada sobre el altar mayor, en el coro. También es obra de Lorenzone. Mide más de siete metros por cuatro. Se presenta a la vista como una aparición de María Auxiliadora de la siguiente manera:

La Virgen está de pie en un mar de luz y majestad, sentada en un trono de nubes. Está cubierta por un manto sostenido por una hueste de ángeles que, formando una corona, le rinden homenaje como a su Reina. Con la mano derecha sostiene el cetro, símbolo de su poder, casi aludiendo a las palabras que pronunció en el santo Evangelio: *Fecit mihi magna qui potens est*. Él, Dios, que es poderoso, me hizo grandes cosas. Con la mano izquierda sostiene al Niño que tiene los brazos abiertos, ofreciendo así sus gracias y su misericordia a los que recurren a su Augusta Madre. En la cabeza lleva la diadema o corona con la que es proclamada Reina del cielo y de la tierra. De lo alto desciende un rayo de luz celestial, que desde el ojo de Dios viene a posarse sobre la cabeza de María. En él están escritas las palabras: *virtus altissimi obumbrabit tibi*: la virtud del Dios Altísimo te cubrirá con su sombra, es decir, te cubrirá y te fortalecerá.

Del lado opuesto descienden otros rayos de la paloma, Espíritu Santo, que también vienen a posarse sobre la

cabeza de María con las palabras en el centro: *Ave, gratia plena: Dios te salve, oh María, tú estás llena de gracia*. Éste fue el saludo que el Arcángel Gabriel dirigió a María cuando le anunció, en nombre de Dios, que iba a convertirse en la Madre del Salvador.

Más abajo están los Santos Apóstoles y Evangelistas s. Lucas y s. Marcos en figuras algo más grandes que el natural. Transportados por un dulce éxtasis casi exclaman *Regina Apostolorum, ora pro nobis*, contemplan atónitos a la Santísima Virgen que se les aparece majestuosamente por encima de las nubes. Por último, en la parte inferior del cuadro aparece la ciudad de Turín con otros devotos que agradecen a la Santísima Virgen los favores recibidos y le suplican que siga mostrándose madre de misericordia en los graves peligros de la vida presente.

En general, la obra está bien expresada, bien proporcionada, natural; pero el valor que nunca se perderá es la idea religiosa que genera una impresión devota en el corazón de cualquiera que la admire.

[\(continuación\)](#)

---

## **Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (8/13)**

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

**Capítulo XV. Devoción y proyecto de una iglesia a María A. en Turín.**

Antes de hablar de la iglesia erigida en Turín en

honor de María Auxiliadora, conviene recordar que la devoción de los turineses a esta Benefactora celestial se remonta a los primeros tiempos del cristianismo. San Máximo, el primer obispo de esta ciudad, habla de ella como de un hecho público y antiguo.

El santuario de la Consolata es un maravilloso monumento a lo que estamos diciendo. Pero tras la victoria de Lepanto, los turineses fueron los primeros en invocar a María bajo el título especial de Auxilio de los Cristianos. El cardenal Mauricio príncipe de Saboya promovió mucho esta devoción, y a principios del siglo X hizo construir en la iglesia de San Francisco de Paula una capilla con un altar y una hermosa estatua dedicada a María Auxiliadora, realizada en mármol precioso y elegante. La Virgen se presenta sosteniendo al Divino Niño en la mano.

Este príncipe era un ferviente devoto de María Auxiliadora, y como en vida ofrendó a menudo su corazón a su Madre celestial, al morir dejó en su testamento que su corazón, como la prenda más querida de sí mismo, fuera colocado en un ataúd y puesto en la pared a la derecha del altar<sup>[1]</sup> .

El paso del tiempo desgastó y afeó un poco esta capilla, por lo que el rey Víctor Manuel II ordenó restaurarla a sus expensas.

Así, el suelo, la predela y el propio altar quedaron como renovados.

Observando los turineses que el recurso a María Auxiliadora era un medio muy eficaz para obtener gracias extraordinarias, empezaron a unirse a la Cofradía de Múnich, en Baviera, pero debido al número abrumador de hermanos, se estableció una Cofradía en esta misma iglesia. Recibió la aprobación apostólica del Papa Pío VI, que concedió muchas indulgencias con otros favores espirituales por rescripto del 9 de febrero de 1798.

Así, la devoción de los turineses a la augusta Madre del Salvador se fue extendiendo cada vez más, y

sintieron los efectos más saludables, cuando se concibió el proyecto de una iglesia dedicada a María Auxiliadora en Valdocco, un barrio densamente poblado de la ciudad. Aquí, por tanto, muchos miles de ciudadanos viven sin iglesia de ningún tipo, aparte de la de Borgo Dora, que sin embargo no puede albergar a más de 1.500 personas<sup>[2]</sup> .

En este barrio existían las pequeñas iglesias de la Casita de la Divina Providencia y el Oratorio de San Francisco de Sales, pero ambas apenas bastaban para atender a sus respectivas comunidades.

En el ferviente deseo, por lo tanto, de proveer a las urgentes necesidades de los habitantes de Valdocco, y de los muchos jóvenes que vienen al Oratorio en días festivos desde varias partes de la ciudad, y que ya no pueden ser contenidos en la pequeña iglesia actual, se decidió intentar la construcción de una iglesia suficientemente capaz para este doble propósito. Pero una razón muy especial para la construcción de esta iglesia fue la necesidad comúnmente sentida de dar un signo público de veneración a la B. Virgen María, que, con corazón de Madre verdaderamente misericordiosa, había protegido a nuestros pueblos y nos había salvado de los males a los que tantos otros habían sucumbido.

Dos cosas quedaban por delante para poner en marcha la piadosa empresa: la ubicación del edificio y el título con el que había de consagrarse. Para que pudieran cumplirse los designios de la Divina Providencia, esta iglesia debía construirse en la calle Cottolengo, en un sitio espacioso y libre, en el centro de aquella numerosa población. Se eligió, pues, una zona comprendida entre dicha calle del Cottolengo y el Oratorio de San Francisco de Sales.

Mientras se deliberaba sobre el título bajo el cual debía erigirse el nuevo edificio, un incidente disipó toda duda. El Sumo Pontífice reinante Pío IX, a quien nada se le escapa de lo que puede ser ventajoso para la Religión, habiendo sido informado de la necesidad de una iglesia en el lugar mencionado, envió su primera ofrenda graciosa de 500

francos, haciendo saber que María Auxiliadora sería ciertamente un título agradable a la augusta Reina del Cielo. Acompañó luego la caritativa ofrenda con una bendición especial a los obliteradores añadiendo estas palabras: "Que esta pequeña ofrenda más poderosos y generosos donantes que cooperen a promover la gloria de la augusta Madre de Dios en la tierra, y aumenten así el número de los que un día harán su gloriosa corona en el cielo".

Establecidos así el lugar y el nombre del edificio, un benemérito ingeniero, Antonio Spezia, concibió el diseño y lo desarrolló en forma de cruz latina sobre una superficie de 1.200 metros cuadrados. Durante este tiempo, surgieron no pocas dificultades, pero la Santísima Virgen, que quería este edificio para su mayor gloria, disipó, o mejor aún, eliminó todos los obstáculos que había en aquel momento, y que se agravarían en el futuro. Por lo tanto, sólo se pensó en comenzar la ansiada construcción.

## **Capítulo XVI. Principio de la construcción y función de la piedra fundamental.**

Una vez realizadas las excavaciones a la profundidad habitual, estábamos a punto de colocar las primeras piedras y la primera cal, cuando nos dimos cuenta de que los cimientos descansaban sobre suelo aluvial y, por tanto, incapaz de soportar los cimientos de un edificio de ese tamaño. Por lo tanto, hubo que profundizar más las excavaciones y hacer un pilotaje fuerte y ancho que correspondiera a la periferia del edificio proyectado.

El pilotaje y la excavación a una profundidad considerable fueron causa de mayores gastos, tanto por el aumento del trabajo como por la copia de materiales y maderas que hubo que colocar bajo tierra. No obstante, las obras continuaron a buen ritmo, y el 27 de abril de 1865 pudieron bendecirse los cimientos y colocarse la primera piedra.

Para entender el significado de esta función, hay que tener en cuenta que es disciplina de la Iglesia católica

que nadie inicie la construcción de un edificio sagrado sin el permiso expreso del obispo, bajo cuya jurisdicción se encuentra el terreno que se va a destinar a este fin.

*Aedificare ecclesiam nemo potest, nisi auctoritate dioecesani*<sup>(3)</sup>

Una vez conocida la necesidad de la Iglesia y establecido su emplazamiento, el obispo en persona o a través de uno de sus designados va a colocar la piedra angular. Esta piedra representa a Jesucristo, a quien los libros sagrados llaman la piedra angular, es decir, el fundamento de toda autoridad, de toda santidad. El obispo, pues, con ese acto indica que reconoce su autoridad de Jesucristo, a quien pertenece ese edificio, y de quien debe depender todo ejercicio religioso que haya de tener lugar en esa iglesia en el futuro, mientras que el obispo toma posesión espiritual de ella al colocar la piedra angular.

Los fieles de la Iglesia primitiva, cuando deseaban construir alguna iglesia, marcaban primero el lugar con una cruz para denotar que el sitio, habiendo sido destinado al culto del Dios verdadero, ya no podía servir para un uso profano.

La bendición la hace entonces el obispo como hizo el patriarca Jacob cuando en un desierto levantó una piedra sobre la que hizo un sacrificio al Señor: *Lapis iste, quem erexi in titulum, vocabitur domus Dei. (esta piedra que he colocado como estela, se llamará casa de Dios -Gen 28, 22)*

Conviene observar aquí que toda iglesia, y todo culto que en ella se ejerce, se dirige siempre a Dios, a quien está dedicado y consagrado todo acto, toda palabra, todo signo. Este acto religioso se llama *Latria*, o culto supremo, o servicio por excelencia que se rinde sólo a Dios. Las iglesias también se dedican a los santos con un segundo culto llamado *Dulia*, que significa servicio prestado a los siervos del Señor.

Cuando entonces el culto se dirige a la Santísima Virgen, se llama *Hiperdulía*, es decir, servicio por encima y

más allá del que se rinde a los santos. Pero la gloria y el honor que se tributan a los santos y a la Santísima Virgen no se detienen en ellos, sino que a través de ellos van a los santos. Virgen no se detienen en ellos, sino que a través de ellos van a Dios, que es el fin de nuestras oraciones y acciones. De ahí que las iglesias estén todas consagradas primero a *Dios Óptimo Máximo*, luego a la B. Virgen María; luego a algún santo a voluntad de los fieles. Así leemos que San Marcos Evangelista en Alejandría consagró una iglesia a Dios y a su maestro San Pedro Apóstol<sup>[4]</sup> .

También cabe señalar en torno a estas funciones, que a veces el obispo bendice la piedra angular y algún personaje ilustre la coloca en su lugar y le pone la primera cal. Así tenemos por la historia que el Sumo Pontífice Inocencio X en el año 1652 bendijo la piedra angular de la iglesia de Santa Inés en Piazza Navona, mientras que el Príncipe Pamfili Duque de Carpinete la colocaba en los cimientos.

Así, en nuestro caso, el obispo Odone, de feliz memoria, obispo de Susa, se encargó de dirigir el oficio religioso mientras el príncipe Amadeo de Saboya colocaba la piedra angular en su lugar y le echaba la primera cal.

Así pues, el 27 de abril de 1865, el servicio religioso comenzó a las dos de la tarde. El tiempo estaba despejado, había acudido una multitud de personas, la primera nobleza de Turín y también no turineses. Los jóvenes pertenecientes a la casa de Mirabello habían acudido en aquella ocasión para formar una especie de ejército con sus compatriotas turineses.

Después de las oraciones y salmos prescritos, el venerable Prelado roció con agua lustral los cimientos del edificio, y luego se dirigió al pilar de la cúpula del lado del Evangelio, que ya estaba al nivel del suelo actual. Aquí se levantó acta de lo actuado, que fue leída en voz alta en el siguiente tenor:

“Año del Señor mil ochocientos sesenta y cinco,

veintisiete de abril, dos de la tarde; décimo año del Pontificado de Pío IX, de los Condes Mastai Ferretti felizmente reinantes; décimo año del reinado de Víctor Manuel II; vacante la Sede arzobispal de Turín por fallecimiento de Monseñor Luigi dei Marchesi Franzoni, Vicario Capitular el Teólogo Colegial Giuseppe Zappata; coadjutor de la Parroquia de Borgo Dora el Teólogo Cattino Cav. Agostino; director del Oratorio de San Francisco, el sacerdote Bosco Giovanni; en presencia de S.A.R. el Príncipe Amedeo de Saboya, Duque de Aosta; el Conde Costantino Radicati Prefecto de Turín; el Consejo Municipal representado por el Alcalde de esta ciudad Lucerna di Rorà Marqués Emanuele, y la Comisión promotora de esta iglesia<sup>[5]</sup> para ser dedicada a *Dios Óptimo Máximo* y María Auxiliadora, Monseñor Odone G. Antonio obispo de Susa, habiendo recibido la oportuna facultad del Ordinario de esta Archidiócesis, procedió a bendecir los cimientos de esta iglesia y colocó la piedra angular de la misma en el gran pilar de la cúpula del lado del Evangelio del altar mayor. Encerradas en esta piedra había varias monedas de diferente metal y valor, algunas medallas con la efigie del Sumo Pontífice Pío IX y de nuestra Soberana, y una inscripción en latín recordando el objeto de esta sagrada función. El benemérito ingeniero arquitecto Cav. Spezia Antonio, que concibió el diseño y con espíritu cristiano prestó y sigue prestando sus servicios en la dirección de la obra.

La forma de la iglesia es la de una cruz latina, con una superficie de mil doscientos metros; el motivo de esta construcción es la falta de iglesias entre los fieles de Valdocco, y dar un testimonio público de gratitud a la gran Madre de Dios por los grandes beneficios recibidos, por los que se esperan en mayor número de esta celestial Bienhechora. La obra se inició, y se espera que llegue a feliz término con la caridad de los devotos.

“Los habitantes de este Borgo di Valdocco, el pueblo de Turín y otros fieles beneficiados por María, ahora reunidos en este bendito recinto, envían unánimemente una

ferviente plegaria a Dios Nuestro Señor, a la Virgen María, Auxilio de los Cristianos, para que obtenga del cielo abundantes bendiciones sobre el pueblo de Turín, sobre los cristianos de todo el mundo, y de manera especial sobre el Jefe Supremo de la Iglesia Católica, promotor y benefactor distinguido de este sagrado edificio, sobre todas las autoridades eclesiásticas, sobre nuestro augusto Soberano, y sobre toda la Familia Real, y especialmente sobre S. A. R. el Príncipe Amedeo, Comendador Supremo de la Iglesia Católica, promotor y benefactor distinguido de este sagrado edificio, sobre todas las autoridades eclesiásticas, sobre nuestro augusto Soberano, y sobre toda la Familia Real, y especialmente sobre S. A. R. el Excelentísimo Príncipe de la Orden de Malta. S.A.R. el Príncipe Amadeo, que al aceptar la humilde invitación dio una señal de veneración a la gran Madre de Dios. Que la augusta Reina del Cielo asegure un lugar en la beatitud eterna a todos aquellos que han dado o darán trabajo para completar este sagrado edificio, o que de alguna otra manera contribuyan a aumentar el culto y la gloria de Ella sobre la tierra”.

Leído y aprobado este informe, fue firmado por todos los arriba nombrados y por las personas más ilustres presentes. A continuación fue doblado y envuelto con el diseño de la iglesia y algún otro escrito, y colocado en un jarrón de cristal especialmente preparado. Cerrado éste herméticamente, se colocó en el hueco hecho en medio de la primera piedra. Bendecida por el obispo, se colocó más piedra encima, y el príncipe Amadeo puso sobre ella la primera cal. Después, los albañiles continuaron su trabajo hasta una altura de más de un metro.

Una vez concluidos los demás ritos religiosos, las personalidades mencionadas visitaron el establecimiento y asistieron a continuación a una representación a cargo de los propios jóvenes. Se les leyeron diversos poemas de oportunidad, se interpretaron varias piezas de música vocal e instrumental, con un diálogo, en el que se hizo un relato

histórico de la solemnidad del día<sup>[6]</sup> .

Al final de la agradable velada, la jornada concluyó con una devota acción de gracias al Señor y la bendición del Santísimo Sacramento. S.A.R. y su séquito abandonaron el Oratorio a las cinco y media, mostrándose cada uno plenamente satisfecho.

Entre otras muestras de agradecimiento, el Príncipe Augusto ofreció la graciosa suma de 500 francos de su caja especial, y regaló los instrumentos de gimnasia para los jóvenes de este establecimiento. Poco después, el ingeniero fue condecorado con la cruz de los santos Mauricio y Lázaro.

[\(continuación\)](#)

---

<sup>[1]</sup> A la muerte de aquel príncipe, el conde Tesauro hizo el siguiente epígrafe, que se grabó en el suelo del altar.

D. O. M.

SERENISSIMIS PRINCEPS MAURITIUS SABAUDIAE

MELIOREM SUI PARTEM

COR

QUOD VIVENS

SUMMAE REGINAE COELORUM LITAVERAT

MORIENS CONSECRAVIT

HICQUE AD MINIMOS QUOS CORDE DILIGERAT

APPONI VOLUIT

CLAUSIT ULTIMUM DIEM

QUINTO NONAS OCTOBRIS MDCLVII.

<sup>[2]</sup> Este distrito se llama Valdocco por las iniciales *Val. Oc. Vallis Occisorum* o valle de los muertos, porque fue regado con la sangre de los santos Adventor y Octavio, que trajeron aquí la palma del martirio.

Desde la iglesia parroquial de Borgo Dora, trazando una línea hasta la iglesia de la Consolata y la de Borgo s.. Donato;

luego girando hacia la fragua real de juncos hasta el río Dora, comenzaba un espacio cubierto de casas, donde vivían más de 35.000 habitantes, entre los cuales no había ninguna iglesia pública.

<sup>[3]</sup> Consejo Aureliano. dist. I, *De consacr.*

<sup>[4]</sup> Véase Moroni, artículo *Iglesias*.

<sup>[5]</sup> Miembros de la comisión promotora de la lotería para esta iglesia.

Marcha «LUCERNA DI RORA Emanuele Alcalde de la Ciudad de Turín  
Presidente de Honor

SCARAMPI DI PRUNY Marzo. LODOVICO Presidente

FASSATI March. DOMENICO V. Presidente

MORIS Comm. GIUSEPPE Consejero municipal V. Presidente

GRIBAUDI Sr. GIOVANNI Doctor en Medicina y Cirugía. Secretario

OREGLIA DI S. STEFANO Cav. FEDERICO Secretario

COTTA Commendatore GIUSEPPE Senador del Reino Cajero

ANZINO Teólogo Can. VALERIO Capellán de Su Majestad

BERTONE DI SAMBUY Conde ERNESTO Director de la exposición

BOGGIO Bar. GIUSEPPE Director de exposiciones

BOSCO DI RUFFINO Cav. ALERAMO

BONA COMRNEN. Director General de Ferrocarriles del Sur

BOSCO sac. GIOVANNI Director de los Oratorios

CAYAS DE GILEITA Conde CARLO Director de la exposición

DUPRA' Cav. GIO. Batt. Contable de la Cámara de Cuentas

DUPRÈ Cav. GIUSEPPE Consejero municipal

FENOGLIO Commendatore PIETRO Ecónomo General

FERRARI DE CASTELNUOVO Marzo. EVASIO

GIRIODI Cav. CARLO Director de exposiciones

MINELLA sac. VINCENZO Directora de exposiciones

PERNATI DI MOMO Cav. Com. Ministro de Estado, Senador del Reino

PATERI Cav. ILARIO Prof. y Concejal Municipal

PROVANA DE COLLEGNO Conde y abogado ALESSANDRO

RADICATI Conde COSTANTINO Prefecto

REBAUDENGO Com. Gio. Secretario General del Ministro de la Casa Real

SCARAMPI DI VILLANUOVA Cav. CLEMENTE Director de la exposición

SOLARO DELLA MARGHERITA Conde ALBERTO

SPERINO Comm. CASIMIRO Doctor en Medicina

UCCELLETTI Sr. CARLO Director de la exposición

VOGLIOTTI Cav. ALESSANDRO Can. Pro-Vicar General

VILLA DI MOMPASCALE Conde GIUSEPPE Director de la exposición

VIRETTI Sr. MAURIZIO Abogado Director de la exposición

[\[6\]](#) Uno de los poemas con el diálogo y la inscripción puede leerse en el Apéndice, al final del folleto.

---

# Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (7/13)

[\*\(continuación del artículo anterior\)\*](#)

## Capítulo XIII. Institución de la fiesta de María Auxiliadora.

El modo maravilloso en que Pío VII fue liberado de su prisión es el gran acontecimiento que dio ocasión a la institución de la fiesta de María Auxiliadora.

El emperador Napoleón I ya había oprimido de varias maneras al Sumo Pontífice, despojándole de sus bienes, dispersando a cardenales, obispos, sacerdotes y frailes, y privándoles asimismo de sus bienes. Después de esto, Napoleón exigió al Papa cosas que no podía conceder. A la negativa de Pío VII, el Emperador respondió con violencia y sacrilegio. El Papa fue arrestado en su propio palacio y, con el cardenal Pacca, su secretario, conducido a la fuerza a Savona, donde el perseguido, pero aún glorioso Pontífice, pasó más de cinco años en severa prisión. Pero como donde está el Papa está la Cabeza de la Religión y, por tanto, la concurrencia de todos los verdaderos católicos, Savona se convirtió en cierto modo en otra Roma. Tantas demostraciones de afecto movieron a envidia al Emperador, que quería que el Vicario de Jesucristo fuera humillado; y por ello ordenó que el Pontífice fuera trasladado a Fontainebleau, que es un castillo no lejos de París.

Mientras el Jefe de la Iglesia gemía como un prisionero separado de sus consejeros y amigos, a los cristianos sólo les quedaba imitar a los fieles de la Iglesia primitiva cuando San Pedro estaba en prisión, rezar. El venerable Pontífice rezó, y con él rezaron todos los católicos, implorando la ayuda de Aquella a la que se llama: Magnum in Ecclesia praesidium: Gran Guarnición en la Iglesia.

Se cree comúnmente que el Pontífice prometió a la Santísima Virgen establecer una fiesta para honrar el título de agosto de María Auxiliadora, en caso de que pudiera regresar a Roma a el trono papal. Mientras tanto, todo sonreía al terrible conquistador. Después de haber hecho resonar su temido nombre por toda la tierra, caminando de victoria en victoria, había llevado sus armas a las regiones más frías de Rusia, creyendo encontrar allí nuevos triunfos; pero la divina Providencia le había preparado, en cambio, desastres y derrotas.

María, movida a piedad por los gemidos del Vicario de Jesucristo y las oraciones de sus hijos, cambió en un instante el destino de Europa y del mundo entero.

Los rigores del invierno en Rusia y la deslealtad de muchos generales franceses echaron por tierra todas las esperanzas de Napoleón. La mayor parte de aquel formidable ejército pereció congelado o sepultado por la nieve. Las pocas tropas que se salvaron de los rigores del frío abandonaron al Emperador y éste tuvo que huir, retirarse a París y entregarse en manos de los británicos, que lo llevaron prisionero a la isla de Elba. Entonces la justicia pudo seguir de nuevo su curso; el Pontífice fue rápidamente liberado; Roma le acogió con el mayor entusiasmo, y el Jefe de la Cristiandad, ahora libre e independiente, pudo reanudar la administración de la Iglesia universal. Liberado de este modo, Pío VII quiso inmediatamente dar una señal pública de gratitud a la Santísima Virgen, por cuya intercesión el mundo entero reconoció su inesperada libertad. Acompañado de algunos cardenales, se dirigió a Savona, donde coronó la prodigiosa imagen de la Misericordia que se venera en esa ciudad; y con una multitud sin precedentes, en presencia del rey Víctor Manuel I y de otros príncipes, se celebró la majestuosa función en la que el Papa colocó una corona de gemas y diamantes sobre la cabeza de la venerable efigie de María.

Volviendo entonces a Roma, quiso cumplir la segunda parte de su promesa instituyendo una fiesta especial en la Iglesia, para atestiguar a la posteridad aquel gran

prodigio.

Considerando, pues, cómo en todos los tiempos la Santísima Virgen ha sido siempre proclamada auxilio de los cristianos, se apoyó en lo que San Pío V había hecho después de la victoria de la Iglesia. Pío V había hecho después de la victoria de Lepanto ordenando que se insertaran en las letanías lauretanas las palabras *Auxilium Christianorum ora pro nobis*; explicando y ampliando cada vez más la cuarta fiesta que el Papa Inocencio XI había decretado al instituir la fiesta del nombre de María; Pío VII, para conmemorar perpetuamente la prodigiosa liberación de sí mismo, de los Cardenales, de los Obispos y la libertad restaurada a la Iglesia, y para que hubiera un monumento perpetuo a ella en todos los pueblos cristianos, instituyó la fiesta de *María Auxilium Christianorum* que se celebraría todos los años el 24 de mayo. Se eligió ese día porque fue ese día del año 1814 cuando fue liberado y pudo regresar a Roma entre los aplausos más vivos de los romanos. (Quienes deseen saber más sobre lo que aquí hemos expuesto brevemente, pueden consultar Artaud: *Vita di Pio VII*. Moroni artículo Pío VII. P. Carini: *Il sabato santificato*. Carlo Ferreri: *Corona di fiori* etc. *Discursus praedicabiles super litanias Lauretanas* del P. Giuseppe Miecoviense). Mientras vivió, el glorioso Pontífice Pío VII promovió el culto a María; aprobó asociaciones y Cofradías dedicadas a Ella, y concedió muchas Indulgencias a las prácticas piadosas realizadas en Su honor. Un solo hecho basta para demostrar la gran veneración de este Pontífice hacia María Auxiliadora.

En el año 1817 se terminó un cuadro que debía colocarse en Roma, en la iglesia de S. María in Monticelli, bajo la dirección de los Sacerdotes de la doctrina cristiana. El 11 de mayo ese cuadro fue llevado al Pontífice en el Vaticano para que lo bendijera y le impusiera un título. En cuanto vio la devota imagen, sintió una emoción tan grande en su corazón, que, sin ninguna prevención, prorrumpió instantáneamente en el magnífico prefacio: *Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. De estas voces del Santo Padre

se hicieron eco los devotos Hijos de María y en la primera develación de aquella (15 del mismo mes) hubo un verdadero transporte de gente, alegría y devoción. Las ofrendas, los votos y las fervientes oraciones han continuado hasta nuestros días. De modo que puede decirse que esa imagen está continuamente rodeada de devotos que piden y obtienen gracias por intercesión de María, Auxilio de los Cristianos.

#### **Capítulo XIV. Hallazgo de la imagen de María Auxilium Christianorum de Espoleto.**

Al relatar la historia del hallazgo de la prodigiosa imagen de *María Auxilium Christianorum* en las cercanías de Spoleto, transcribimos literalmente el informe hecho por Monseñor Arnaldi Arzobispo de esa ciudad.

En la parroquia de San Lucas, entre Castelrinaldi y Montefalco, archidiócesis de Spoleto, en campo abierto, lejos de la ciudad y fuera de la carretera, existía en la cima de una pequeña colina una antigua imagen de la Bienaventurada Virgen María pintada al fresco en un nicho en actitud de abrazar al Niño Jesús. Junto a ella, cuatro imágenes que representaban a San Bartolomé, San Sebastián, San Blas y San Roque parecen haber sido alteradas por el tiempo. Expuestas a la intemperie durante mucho tiempo, no sólo han perdido su viveza, sino que han desaparecido casi por completo. Sólo se ha conservado bien la venerable imagen de María y el Niño Jesús. Aún quedan restos de un muro que demuestran que allí existió una iglesia. Desde que se tiene memoria, este lugar estuvo totalmente olvidado y se redujo a una guarida de reptiles y, en particular, de serpientes.

Desde hacía ya varios meses, esta venerable imagen había excitado de algún modo su culto *por medio de una voz que oía repetidamente un niño de no más de cinco años, llamado Enrique*, que le llamaba por su nombre y le dirigía una mirada de un modo que no expresaba bien el propio niño. Sin embargo, no atrajo la atención del público hasta el 19 de marzo del año 1862.

Un joven campesino de los alrededores, de treinta años, agravado posteriormente por muchos males, que se habían vuelto crónicos, y abandonado por sus médicos, se sintió inspirado para ir a venerar la imagen mencionada. Declaró que, después de encomendarse a la Santísima Virgen en dicho lugar, sintió que se le restablecían las fuerzas perdidas, y en pocos días, sin utilizar ningún remedio natural, volvió a gozar de perfecta salud. Otras personas también, sin saber cómo ni por qué, sintieron un impulso natural de ir a venerar esta santa imagen, y refirieron haber recibido gracias de ella. Estos acontecimientos trajeron a la memoria y a la discusión entre la gente de Terrazzana la voz dormida del niño antes mencionado, al que naturalmente no se le había dado crédito ni importancia, como debería haber sido. Fue entonces cuando se supo cómo la madre del niño lo había perdido en las circunstancias de la supuesta aparición y no podía encontrarlo, y finalmente lo encontró cerca de una pequeña iglesia alta y en ruinas. También se sabe cómo una mujer de buena vida, aquejada por Dios de graves aflicciones, anunció a su muerte, hace un año, que la Santísima Virgen quería ser adorada y venerada allí, que se construiría un templo y que los fieles acudirían en gran número.

De hecho, es cierto que un gran número de personas, no sólo de la diócesis, sino también de las diócesis vecinas de Todi, Perugia, Fuligno, Nocera, Narni, Norcia, etc., acuden en masa al lugar, y el número crece de día en día, especialmente en los días de fiesta, hasta cinco o seis mil. Este es el mayor milagro del que se tiene noticia, ya que no se observa en otros descubrimientos prodigiosos.

La gran concurrencia de fieles que acuden de todas partes como guiados por una luz y una fuerza celestial, una concurrencia espontánea, una concurrencia inexplicable e inexpresable, es el milagro de los milagros. Los mismos enemigos de la Iglesia, incluso los cojos de fe, se ven obligados a confesar que no pueden explicar este sagrado entusiasmo del pueblo.... Son muchos los enfermos de los que se dice que han sido curados, no pocas las gracias prodigiosas y

singulares concedidas, y aunque es necesario proceder con la máxima cautela para discernir rumores y hechos, parece indudablemente cierto que una mujer civilizada yacía afligida por una enfermedad mortal y fue curada invocando aquella sagrada imagen. Un joven de la Villa de Santiago, que tenía los pies aplastados por las ruedas de un carro y se veía obligado a permanecer de pie con muletas, visitó la sagrada imagen y sintió tal mejoría que se deshizo de las muletas y pudo volver a casa sin ellas, y está perfectamente libre. También se produjeron otras curaciones.

No hay que olvidar que algunos incrédulos, habiendo ido a visitar la santa imagen y burlándose de ella, acudieron al lugar y, en contra de su buen juicio, sintieron la necesidad de arrodillarse y rezar, y volvieron con sentimientos completamente distintos, hablando públicamente de las maravillas de María. El cambio producido en estas personas corruptas de mente y corazón causó una santa impresión en el pueblo. (Hasta aquí Mons. Arnaldi).

Este Arzobispo quiso ir él mismo con numerosos clérigos y su Vicario al lugar de la imagen para comprobar la verdad de los hechos, y encontró allí a miles de devotos. Ordenó la restauración de la efigie, que estaba algo fracturada en varias partes, y habiendo recaudado ya la suma de seiscientos escudos en piadosas oblaciones, encargó a hábiles artistas que diseñaran un templo, insistiendo en que los cimientos se colocaran con sumo cuidado.

Para favorecer la gloria de María y la devoción de los fieles a tan gran Madre, ordenó que se cubriera temporal pero decentemente el nicho donde se venera la imagen taumaturga, y que se erigiera allí un altar para celebrar la Santa Misa.

Estas disposiciones fueron de indecible consuelo para los fieles, y a partir de entonces el número de personas de toda condición creció diariamente.

La devota imagen no tenía título propio, y el

piadoso Arzobispo juzgó que debía venerarse con el nombre de *Auxilium Christianorum*, como parecía más adecuado a la actitud que presentaba. También dispuso que siempre hubiera un sacerdote custodiando el Santuario o, al menos, algún laico de conocida probidad.

El informe de este prelado concluye con el relato de un nuevo rasgo de la bondad de María obrado tras la invocación a los “pies” de esta imagen.

Una joven de Acquaviva estaba en proceso de prueba en este Monasterio de Santa María de la Estrella, donde debía vestir el hábito de conversa. Una enfermedad reumática general la invadió de tal modo que, paralizados todos sus miembros, se vio obligada a regresar con su familia.

Por muchos remedios que probaran por los providentes padres, nunca pudo curarse; y hacía cuatro años que yacía en cama, víctima de una dolencia crónica. Al oír las gracias de esta efigie taumatúrgica, deseó que la llevaran allí en un carruaje, y en cuanto se encontró ante la venerable imagen, experimentó una notable mejoría. Se dice que otras gracias singulares han sido obtenidas por personas de Fuligno.

La devoción a María crece siempre de un modo muy consolador para mi corazón. Bendito sea siempre Dios, que en su misericordia se ha dignado reavivar la fe en toda Umbría con la prodigiosa manifestación de su gran Madre María. Bendita sea la Santísima Virgen que con esta manifestación se dignó señalar con preferencia la Archidiócesis de Spoleto.

Benditos sean Jesús y María, que con esta misericordiosa manifestación abren los corazones de los católicos a una esperanza más viva.

Spoleto, 17 de mayo de 1862.

† GIOVANNI BATTISTA ARNALDI.

Así, la venerable imagen de María Auxiliadora cerca de Spoleto, pintada en 1570, que permaneció casi tres

siglos sin honor, se ha elevado a la más alta gloria en nuestros tiempos por las gracias que la Reina del Cielo concede a sus devotos en ese lugar: y ese humilde lugar se ha convertido en un verdadero santuario, al que acuden gentes de todo el mundo. Los devotos y benéficos hijos de María dieron muestras de gratitud con conspicuas oblaciones, gracias a las cuales pudieron ponerse los cimientos de un majestuoso templo, que pronto alcanzará su deseada culminación.

[\(continuación\)](#)

---

## **Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (6/13)**

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

### **Capítulo IX. La batalla de Lepanto**

Expuestos así algunos de los muchos hechos que confirman en general cómo María protege los brazos de los cristianos cuando luchan por la fe, pasemos a otros más particulares que han dado a la Iglesia motivos para llamar a María con el glorioso título de *Auxilium Christianorum*. La principal de ellas es la batalla de Lepanto.

A mediados del siglo XVI, nuestra península disfrutaba de cierta paz cuando una nueva insurrección procedente de Oriente vino a sembrar el caos entre los cristianos.

Los turcos, establecidos en Constantinopla desde hacía más de cien años, vieron con pesar que el pueblo de

Italia, y en particular los venecianos, poseían islas y ciudades en medio de su vasto imperio. Por ello, empezaron a pedir a los venecianos la isla de Chipre. Cuando se negaron, tomaron las armas y con un ejército de ochenta mil soldados de infantería, tres mil caballos y una artillería formidable, dirigidos por su propio emperador Selimo II, sitiaron Nicosia y Famagusta, las ciudades más fuertes de la isla. Estas ciudades, tras una heroica defensa, cayeron ambas en poder del enemigo.

Los venecianos apelaron entonces al Papa para que acudiera en su ayuda para combatir y rebajar el orgullo de los enemigos de la Cristiandad. El Romano Pontífice, que era entonces s. Pío V, temiendo que si los turcos salían victoriosos traerían la desolación y la ruina entre los cristianos, pensó en recurrir a la poderosa intercesión de aquella a quien la santa Iglesia proclama tan terrible como un ejército ordenado a la batalla: *Terribilis ut castrorum aeies ordinata*. Por ello ordenó oraciones públicas para toda la cristiandad: apeló al rey Felipe II de España y al duque Manuel Filiberto.

El rey de España formó un poderoso ejército y se lo confió a un hermano menor conocido como D. Juan de Austria. El duque de Saboya envió de buena gana un selecto número de valerosos hombres, que se unieron al resto de las fuerzas italianas y fueron a reunirse con los españoles cerca de Mesina.

El enfrentamiento del ejército enemigo tuvo lugar cerca de la ciudad griega de Lepanto. Los cristianos atacaron ferozmente a los turcos; éstos opusieron una feroz resistencia. Cada navío giraba repentinamente en medio de torbellinos de llamas y humo y parecía vomitar rayos de los cien cañones con los que estaba armado. La muerte tomó todas las formas, los mástiles y las cuerdas de los barcos rotos por las balas cayeron sobre los combatientes y los aplastaron. Los gritos agónicos de los heridos se mezclaban con el estruendo de las olas y los cañones. En medio de la agitación comunal, Vernieri, jefe del ejército cristiano, advirtió que la

confusión empezaba a apoderarse de las naves turcas. Inmediatamente puso en orden algunas galeras poco profundas llenas de diestros artilleros, rodeó las naves enemigas y a cañonazos las destrozó y las fulminó. En aquel momento, a medida que aumentaba la confusión entre los enemigos, surgió un gran entusiasmo entre los cristianos, y de todas partes se oía el grito de ¡Victoria! y la victoria estaba con ellos. Los barcos turcos huyen hacia tierra, los venecianos los persiguen y los destrozan; ya no es batalla, es matanza. El mar está sembrado de ropas, paños, barcos destrozados, sangre y cuerpos destrozados; treinta mil turcos han muerto; doscientas de sus galeras caen en poder de los cristianos.

La noticia de la victoria produjo una alegría universal en los países cristianos. El senado de Génova y Venecia decretó que el 7 de octubre fuera un día solemne y festivo a perpetuidad, porque fue en este día del año 1571 cuando tuvo lugar la gran batalla. Entre las oraciones que el santo Pontífice había ordenado para el día de aquella gran batalla estaba el Rosario, y a la misma hora en que tuvo lugar aquel acontecimiento, él mismo lo recitó con una multitud de fieles reunidos con él. En aquel momento, la Santísima Virgen se le apareció y le reveló el triunfo de las naves cristianas, triunfo que San Pío V anunció rápidamente en Roma antes de que nadie más hubiera podido llevar la noticia. Entonces el santo Pontífice, en agradecimiento a María, a cuyo patrocinio atribuía la gloria de aquel día, ordenó que se añadiera a las letanías de Loreto la jaculatoria: *Maria Auxilium Christianorum, ora pro nobis*. María Auxiliadora, ruega por nosotros. El mismo Pontífice, para que el recuerdo de aquel prodigioso acontecimiento sea perpetuo, instituyó la Solemnidad del Santísimo Rosario, que se celebra cada año el primer domingo de octubre.

## **Capítulo X. La Liberación de Viena.**

En el año 1683, los turcos, para vengar su derrota en Lepanto, hicieron planes para llevar sus armas a través del

Danubio y del Rin, amenazando así a toda la Cristiandad. Con un ejército de doscientos mil hombres, avanzando a marchas forzadas, llegaron a sitiar las murallas de Viena. El Sumo Pontífice, que era entonces Inocencio XI, pensó en apelar a los príncipes cristianos, instándoles a acudir en ayuda de la Cristiandad amenazada. Pocos, sin embargo, respondieron a la invitación del Pontífice, por lo que éste, al igual que su predecesor Pío V, decidió ponerse bajo la protección de aquella a quien la Iglesia proclama *terribilis ut castrorum acies ordinata*. Rezó e invitó a los fieles de todo el mundo a rezar con él.

Entretanto se produjo una consternación general en Viena; el pueblo, temiendo caer en manos de los infieles, abandonó la ciudad y lo dejó todo. El emperador no tenía fuerzas para oponerse y abandonó su capital. El príncipe Carlos de Lorena, que apenas había podido reunir a treinta mil alemanes, consiguió entrar en la ciudad para intentar de algún modo su defensa. Las aldeas vecinas fueron incendiadas. El 14 de agosto, los turcos abrieron sus trincheras desde la puerta principal y acamparon allí a pesar del fuego de los sitiados. Luego asediaron todas las murallas de la ciudad, incendiaron y quemaron varios edificios públicos y privados. Un caso doloroso aumentó el valor de los enemigos y disminuyó el de los sitiados.

Prendieron fuego a la Iglesia de los Escoceses, consumieron aquel soberbio edificio, y en su camino hacia el arsenal, donde se guardaba la pólvora y las municiones, estuvieron a punto de abrir la ciudad a los enemigos, si por una protección muy especial de la Santísima Virgen María, el día de su gloriosa Asunción, no se hubiera extinguido el fuego, dándoles así tiempo para salvar las municiones militares. Aquella sensible protección de la Madre de Dios reavivó el valor de los soldados y de los habitantes. El día veintidós del mismo mes, los turcos intentaron derribar más edificios lanzando un gran número de bolas y bombas, con las que hicieron mucho daño, pero no pudieron impedir que los habitantes suplicaran día y noche la ayuda del cielo en las

iglesias, ni que los predicadores les exhortaran a poner toda su confianza, después de Dios, en Aquél que tantas veces les había prestado una poderosa ayuda. El 31, los sitiadores paralizaron las obras, y los soldados de ambos bandos lucharon cuerpo a cuerpo.

La ciudad era un montón de ruinas, cuando el día de la Natividad de María Virgen. los cristianos redoblaron sus oraciones y, como por milagro, recibieron aviso de un próximo socorro. En efecto, al día siguiente, segundo día de la octava de la Natividad, vieron la montaña, que se alza frente a la ciudad, toda cubierta de tropas. Fue Johanni Sobieschi, rey de Polonia, que estaba casi solo entre los príncipes cristianos, cediendo a la invitación del Pontífice, acudió con sus valientes hombres al rescate. Convencido de que con el escaso número de sus soldados la victoria le sería imposible, recurrió también al que es formidable en medio de los ejércitos más ordenados y feroces. El 12 de septiembre fue a la iglesia con el príncipe Carlos, y allí oyeron la santa misa, que él mismo quiso servir, con los brazos extendidos en forma de cruz. Después de comulgar y recibir la santa bendición para él y su ejército, el príncipe se levantó y dijo en voz alta: "Soldados, por la gloria de Polonia, por la liberación de Viena, por la salud de toda la cristiandad, bajo la protección de María podemos marchar con seguridad contra nuestros enemigos y la victoria será nuestra".

El ejército cristiano descendió entonces de las montañas y avanzó hacia el campamento de los turcos, quienes, después de luchar durante algún tiempo, se retiraron al otro lado del Danubio con tal precipitación y confusión que dejaron en el campamento el estandarte otomano, unos cien mil hombres, la mayoría de sus tripulaciones, todas sus municiones de guerra y ciento ochenta piezas de artillería. Nunca hubo una victoria más gloriosa que costara tan poca sangre a los vencedores. Podían verse soldados cargados de botín entrando en la ciudad, conduciendo delante de ellos muchos rebaños de bueyes, que los enemigos habían abandonado.

El emperador Leopoldo, enterado de la derrota de

los turcos, regresó a Viena aquel mismo día, hizo cantar un *Te Deum* con la mayor solemnidad, y luego, reconociendo que una victoria tan inesperada se debía enteramente a la protección de María, hizo llevar a la iglesia mayor el estandarte que había encontrado en la tienda del Gran Visir. El de Mahoma, más rico aún y que se alzaba en medio del campo, fue enviado a Roma y presentado al Papa. Este santo Pontífice, también íntimamente persuadido de que la gloria de aquel triunfo era toda debida a la gran Madre de Dios, y deseoso de perpetuar la memoria de aquel beneficio, ordenó que la fiesta del Santo Nombre de María, ya practicada desde hacía algún tiempo en algunos países, se celebrase en adelante en toda la Iglesia el domingo entre la octava de su Natividad.

## **Capítulo XI. Asociación de María Auxiliadora en Munich.**

La victoria de Viena aumentó maravillosamente la devoción a María entre los fieles y dio origen a una piadosa sociedad de devotos bajo el título de Cofradía de María Auxiliadora. Un padre capuchino que predicaba con gran celo en la iglesia parroquial de San Pedro de Munich, con expresiones fervientes y conmovedoras exhortaba a los fieles a ponerse bajo la protección de María Auxiliadora y a implorar su patrocinio contra los turcos que amenazaban con invadir Baviera desde Viena. La devoción a la Santísima Virgen María Auxiliadora creció hasta tal punto que los fieles quisieron continuarla incluso después de la victoria de Viena, a pesar de que los enemigos ya se habían visto obligados a abandonar su ciudad. Fue entonces cuando se estableció una Cofradía bajo el título de María Auxiliadora para eternizar el recuerdo del gran favor obtenido de la Santísima Virgen.

El duque de Baviera, que había mandado una parte del ejército cristiano, mientras que el rey de Polonia y el duque de Lorena mandaban el resto de la milicia, para dar continuidad a lo que se había hecho en su capital, pidió al Sumo Pontífice, Inocencio XI, la erección de la Cofradía. El Papa accedió de buen grado y concedió la institución implorada

con una bula fechada el 18 de agosto de 1684, enriqueciéndola con indulgencias. Así, el 8 de septiembre del año siguiente, mientras el príncipe asediaba la ciudad de Buda, la Cofradía fue establecida por su orden con gran solemnidad en la iglesia de San Pedro de Munich. Desde entonces, los hermanos de esa Asociación, unidos de corazón en el amor a Jesús y a María, se reunían en Munich y ofrecían oraciones y sacrificios a Dios para implorar su infinita misericordia. Gracias a la protección de la Santísima Virgen, esta Cofradía se difundió rápidamente, de modo que las más grandes personalidades estaban deseosas de inscribirse en ella para asegurarse la asistencia de esta gran Reina del Cielo en los peligros de la vida y, sobre todo, en el momento de la muerte. Emperadores, reyes, reinas, prelados, sacerdotes e infinidad de personas de todas partes de Europa siguen considerando una gran fortuna estar inscritos en ella. Los Papas han concedido muchas indulgencias a los que están en esa Hermandad. Los sacerdotes agregados pueden agregar a otros. Se rezan miles de Misas y Rosarios en vida y después de la muerte por los que son miembros.

## **Capítulo XII. Conveniencia de la fiesta de María Auxiliadora.**

Los hechos que hemos expuesto hasta ahora en honor de María Auxiliadora dejan claro cuánto le gusta a María ser invocada bajo este título. La Iglesia católica observó, examinó y aprobó todo, guiando ella misma las prácticas de los fieles, para que ni el tiempo ni la malicia de los hombres desvirtuaran el verdadero espíritu de la devoción.

Recordemos aquí lo que hemos dicho a menudo sobre las glorias de María como ayuda de los cristianos. En los libros sagrados está simbolizada en el arca de Noé, que salva del diluvio universal a los seguidores del Dios verdadero; en la escalera de Jacob, que se eleva hasta el cielo; en la zarza ardiente de Moisés; en el arca de la alianza; en la torre de David, que defiende contra todos los asaltos; en la rosa de Jericó; en la fuente sellada; en el jardín bien cultivado y

vigilado de Salomón; está figurada en un acueducto de bendiciones; en el vellocino de Gedeón. En otros lugares se la llama la estrella de Jacob, bella como la luna, elegida como el sol, el iris de la paz; la pupila del ojo de Dios; la aurora portadora de consuelos, la Virgen y Madre y Madre de su Señor. Estos símbolos y expresiones que la Iglesia aplica a María ponen de manifiesto los designios providenciales de Dios, que quiso dárnosla a conocer antes de su nacimiento como primogénita entre todas las criaturas, excelentísima protectora, auxilio y sostén del género humano.

En el Nuevo Testamento, pues, cesan las figuras y las expresiones simbólicas; todo es realidad y cumplimiento del pasado. María es saludada por el arcángel Gabriel, que la llama llena de gracia; Dios admira la gran humildad de María y la eleva a la dignidad de Madre del Verbo Eterno. Jesús, Dios inmenso, se convierte en hijo de María; por ella nace, por ella es educado, asistido. Y el Verbo Eterno hecho carne se somete en todo a la obediencia de su augusta Madre. A petición suya, Jesús realiza el primero de sus milagros en Caná de Galilea; en el Calvario es convertida de hecho en Madre común de los cristianos. Los Apóstoles la convierten en su guía y maestra de virtudes. Con ella se reúnen para orar en el cenáculo; con ella asisten a la oración, y al final reciben el Espíritu Santo. A los Apóstoles dirige sus últimas palabras y vuela gloriosa al Cielo.

Desde su más alto sitio de gloria se dirige diciendo: *Ego in altissimis habito ut ditem diligentes me et thesauros eorum repleam*. Habito en el más alto trono de gloria para enriquecer con bendiciones a los que me aman y colmar sus tesoros con favores celestiales. De ahí que, desde su Asunción a los cielos, comenzara el constante e ininterrompido concurso de los cristianos a María, sin que jamás se oyera, dice San Bernardo, de nadie que confiadamente apelara a ella que no fuera escuchado. De ahí la razón por la que cada siglo, cada año, cada día y, podemos decir, cada momento está marcado en la historia por algún gran favor concedido a quienes la han invocado con fe. De ahí también la razón de que cada reino,

cada ciudad, cada país, cada familia tenga una iglesia, una capilla, un altar, una imagen, un cuadro o algún signo que recuerde una gracia concedida a quienes recurrieron a Ella en las necesidades de la vida. Los gloriosos acontecimientos contra los nestorianos y contra los albigenses; las palabras que María dijo a St. Domingo en el momento en que recomendó la predicación del Rosario, que la misma Santísima Virgen denominó *magnum in Ecclesia praesidium*; la victoria de Lepanto, de Viena, de Buda, la Cofradía de Munich, la de Roma, la de Turín y otras muchas erigidas en diversos países de la Cristiandad, ponen suficientemente de manifiesto cuán antigua y extendida es la devoción a María Auxiliadora, cuánto le agrada este título y cuánto beneficio reporta a los pueblos cristianos. De modo que María pudo pronunciar con toda razón las palabras que el Espíritu Santo puso en su boca: *In omni gente primatum habui*. Soy reconocida Señora entre todas las naciones.

Estos hechos, tan gloriosos para la Santísima Virgen, hacían desear la intervención expresa de la Iglesia para dar el límite y la forma en que María podía ser invocada bajo el título de Auxilio de los Cristianos, y la Iglesia ya había intervenido en cierto modo con la aprobación de las cofradías, oraciones y muchas prácticas piadosas a las que van unidas las santas indulgencias, y que en todo el mundo proclaman a *María Auxilium Christianorum*.

Todavía faltaba una cosa y era un día establecido del año para honrar el título de María Auxiliadora, es decir, un día de fiesta con un rito, una Misa y un Oficio aprobados por la Iglesia, y se fijó el día de esta solemnidad. Para que los Pontífices determinaran esta importante institución, fue necesario algún acontecimiento extraordinario, que no tardó en manifestarse a los hombres.

[\(continuación\)](#)

---

# Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (5/13)

[\*\(continuación del artículo anterior\)\*](#)

**Capítulo VII. María favorece a los que trabajan por la fe; mientras que Dios castiga a los que ultrajan a la Santísima Virgen.**

Hubo un tiempo en que los emperadores de Constantinopla llevaron a cabo una violenta persecución contra los católicos por venerar las imágenes sagradas. Entre ellos estaba León el Isaurio. Con el fin de abolir por completo el culto, mataba y encarcelaba a todo aquel que fuera denunciado por venerar imágenes o reliquias de santos y, especialmente, de la Santísima Virgen. Para engañar al pueblo sencillo, convocó a algunos obispos y abades y, a fuerza de dinero y promesas, les indujo a establecer que no debían venerarse las imágenes de Jesús crucificado, ni de la Virgen, ni de los Santos.

Pero en aquellos tiempos vivía el docto y célebre San Juan Damasceno. Para combatir a los herejes y también para dar un antídoto en manos de los católicos, Juan escribió tres libros en los que defendía el culto a las santas imágenes. Los iconoclastas (como se llamaba a aquellos herejes que despreciaban las imágenes sagradas) se sintieron muy ofendidos por estos escritos, por lo que le acusaron de traición al príncipe. Dijeron que había enviado cartas firmadas de su puño y letra para romper la alianza que mantenía con príncipes extranjeros, y que con sus escritos perturbaba la tranquilidad pública. El crédulo emperador empezó a sospechar del santo y,

aunque era inocente, lo condenó a que le cortaran la mano derecha.

Pero esta traición tuvo un desenlace mucho más feliz de lo que él esperaba, pues la Santísima Virgen quiso recompensar a su siervo por su celo hacia Ella.

Al caer la tarde, San Juan se postró ante la imagen de la Madre de Dios, y suspirando oró durante casi toda la noche y dijo: Oh Virgen Santísima, por mi celo por ti y por las santas imágenes me cortaron la mano derecha, ven, pues, en mi ayuda y permíteme seguir escribiendo tus alabanzas y las de tu hijo Jesús. Diciendo esto, se durmió.

En sueños vio la imagen de la madre de Dios que le miraba feliz y le decía: He aquí que tu mano está curada. Levántate, pues, y escribe mis glorias. Cuando se despertó, encontró realmente su mano curada unida a su brazo.

Cuando se difundió la noticia de tan gran milagro, todos alabaron y glorificaron a la Santísima Virgen, que tanto recompensa. Virgen que tan ricamente recompensa a sus devotos que sufren por la fe. Pero algunos enemigos de Cristo quisieron afirmar que la mano no le había sido cortada a él, sino a uno de sus servidores, y dijeron: "¿No veis que Juan está en su casa cantando y divirtiéndose como si estuviera celebrando una fiesta de bodas? Así que Juan fue detenido de nuevo y llevado ante el príncipe. Pero he aquí un nuevo prodigio. Mostrando su mano derecha, se veía en ella una línea brillante, que demostraba que la amputación era cierta.

Asombrado por este prodigio, el príncipe le preguntó qué médico le había devuelto la salud y qué medicina había utilizado. Entonces narró en voz alta el milagro. Es mi Dios -dijo-, el médico todopoderoso que me ha devuelto la salud. El príncipe mostró entonces arrepentimiento por el mal que había hecho, y quiso elevarle a grandes dignidades. Pero el Damasceno, reacio a las grandezas humanas, amaba más la vida privada, y mientras vivió, empleó su genio en escribir y publicar sobre el poder de la augusta Madre del Salvador (véase Juan Patriarca de Jer. Baronio en el año 727).

Si Dios concede a menudo gracias extraordinarias a quienes promueven las glorias de su augusta Madre, no pocas veces castiga terriblemente incluso en la vida presente a quienes la desprecian a Ella o a sus imágenes.

Constantino V Coprónimo, hijo de León el Isaurio, ascendió al trono de su padre en tiempos del sumo pontífice San Zacarías (741-75). Siguiendo las impiedades de su padre, prohibió invocar a los santos, honrar las reliquias e implorar su intercesión. Profanó iglesias, destruyó monasterios, persiguió y encarceló monjes, e invocó con sacrificios nocturnos la ayuda de los propios demonios. Pero su odio se dirigía especialmente contra la Santa Virgen. Para confirmar lo que decía, solía llevar en la mano una bolsa llena de monedas de oro, y la mostraba a los que le rodeaban, diciendo: ¿Cuánto vale esta bolsa? Mucho, dijeron. Tirando el oro, volvió a preguntar cuánto valía la bolsa. Cuando le respondieron que no valía nada, tan pronto retomaba aquel impío, así es de la Madre de Dios; por aquel tiempo, que llevó a Cristo en su seno, era muy honrada, pero desde el punto en que dio a luz nada difiere de las demás mujeres.

Estas enormes blasfemias merecieron ciertamente un castigo ejemplar que Dios no tardó en enviar al impío blasfemo.

Constantino V Coprónimo fue castigado con vergonzosas dolencias, con úlceras que se convirtieron en pústulas ardientes, que le hacían lanzar agudos gritos, mientras una fiebre ardiente le devoraba. Así, jadeando y gritando como si se estuviera quemando vivo, exhaló su último aliento.

El hijo siguió los pasos de su padre. Le gustaban mucho las gemas y los diamantes, y al ver las numerosas y hermosas coronas que el emperador Mauricio había dedicado a la Madre de Dios para adornar la iglesia de Santa Sofía en Constantinopla, hizo que se las quitaran y se las pusieran en la cabeza y la llevó a su propio palacio. Pero en el mismo instante su frente se cubrió de carbuncos pestíferos, que aquel mismo día llevaron a la muerte a quien se atrevió a

meter su mano sacrílega contra el ornamento de la cabeza virginal de María (véase Teófanos y Nicéforo contemporáneos. Baronio anales eclesiásticos. 767).

### **Capítulo VIII. María protectora de los ejércitos que luchaban por la fe.**

Mencionemos ahora brevemente algunos hechos relativos a la protección especial que la santa Virgen ha dispensado constantemente a los ejércitos que luchan por la fe.

El emperador Justiniano recuperó Italia, que había estado oprimida por los godos durante sesenta años. Narses, su general, fue advertido por María cuando debía tomar el campo de batalla y nunca tomó las armas sin sus asentimientos. (*Procopio, Evagrio, Nicéforo y Pablo Diácono. Baronio al año 553*).

El emperador Heraclio obtuvo una gloriosa victoria contra los persas y se apoderó de su rico botín, informando del próspero resultado de sus armas a la Madre de Dios a quien se había encomendado. (*Inst. griega art. 626*).

El mismo emperador triunfó de nuevo sobre los persas al año siguiente. Un espantoso granizo lanzado sobre el campamento de los enemigos los derrotó y los puso en fuga. (*Ist. Graeca*).

La ciudad de Constantinopla volvió a ser liberada de los persas de la manera más prodigiosa. Mientras duraba el asedio, los bárbaros vieron salir de la puerta de la ciudad al amanecer a una noble matrona escoltada por un séquito de eunucos. Creyendo que era la esposa del emperador que se dirigía a su marido para pedirle la paz, la dejaron pasar. Cuando la vieron dirigirse al emperador, la siguieron hasta un lugar llamado la Piedra Vieja, donde desapareció de su vista. Entonces se produjo un tumulto entre ellos, lucharon entre sí, y tan terrible fue la matanza que su general se vio obligado a levantar el sitio. Se cree que aquella matrona era la Santísima Virgen. (Baronio).

La imagen de María llevada en procesión alrededor de las murallas de Constantinopla liberó a esta ciudad de los moros que la tenían sitiada desde hacía tres años. Ya el jefe enemigo, desesperado de la victoria, suplicó que se le permitiera entrar y ver la ciudad, prometiendo no atreverse a ninguna violencia. Aunque sus soldados entraron sin dificultad, cuando su caballo llegó a la puerta conocida como el Bósforo, no hubo forma de hacerlo avanzar. Entonces el bárbaro levantó la vista y vio en la puerta la imagen de la Virgen que había blasfemado poco antes. Entonces dio media vuelta y tomó el camino hacia el mar Egeo, donde naufragó. (Baronio año 718).

Ese mismo año, los sarracenos se levantaron en armas contra Pelagio, Príncipe de los Astures. Este piadoso general recurrió a María y los dardos y rayos que le lanzaron se volvieron contra los enemigos de la fe. Veinte mil sarracenos fueron aniquilados y sesenta mil perecieron sumergidos en las aguas. Pelagio y los suyos se habían refugiado en una cueva. Agradecido a María por la victoria obtenida, construyó en la cueva un templo a la Santísima Virgen. (Baronio).

Andrés, general del emperador Basilio de Constantinopla, derrotó a los sarracenos en el año 867. En este conflicto, el enemigo había insultado a María escribiendo a Andrés: Ahora veré si el hijo de María y su madre pueden salvarte de mis armas. El piadoso general tomó el insolente escrito, lo colgó en la imagen de María diciendo: Mira, oh Madre de Dios: mira, oh Jesús, qué insolencia pronuncia este arrogante bárbaro contra tu pueblo. Habiendo hecho esto, monta su arco, desafiando al combate, comienza una sangrienta masacre de todos sus enemigos. (Curopalate ann. 867).

En el año 1185, el Sumo Pontífice Urbano II puso las armas de los cruzados bajo los auspicios de María, y Goffredo Buglione al frente del ejército católico liberó los santos lugares del dominio de los infieles.

Alfonso VIII, rey de Castilla, consiguió una gloriosa victoria sobre los moros llevando en sus estandartes

la imagen de María en el campo de batalla. Doscientos mil moros permanecieron en el campo. Para perpetuar el recuerdo de este acontecimiento, España celebraba cada año, el 16 de julio, la fiesta de la Santa Cruz. El estandarte en el que estaba impresa la imagen de María, que había triunfado sobre los enemigos, se conserva aún en la iglesia de Toledo. (Ant. de Balimghera).

Alfonso IX, rey de España, también derrotó a doscientos mil sarracenos con la ayuda de María (el mismo día de 21 de junio).

Jaime I, rey de Aragón, arrancó a los moros tres reinos muy nobles y derrotó a diez mil de los suyos. En agradecimiento por esta victoria, erigió varios templos a María. (el mismo día de 21 de julio).

Los Carnotesi, asediados en su ciudad por una banda de corsarios, desplegaron en un asta, a modo de estandarte, una parte del manto de María que Carlos Calvo había traído de Constantinopla. Los bárbaros, tras lanzar sus dardos contra esta reliquia, quedaron repentinamente cegados y ya no pudieron escapar. Los devotos carnotenses tomaron las armas y los masacraron.

Carlos VII, rey de Francia, acorralado por los ingleses, recurrió a María, y no sólo pudo derrotarlos en varias batallas, sino que liberó a una ciudad del asedio y sometió a muchas otras a su dominio. (Lo mismo el 22 de julio).

Felipe el Hermoso Rey de Francia sorprendido por sus enemigos y abandonado por los suyos recurrió a María y se encontró rodeado de una prodigiosa hueste de guerreros dispuestos a luchar en su defensa. En poco tiempo treinta y seis mil enemigos son derrotados, los demás se rinden como prisioneros o huyen. Agradecido por tal triunfo a María, le erigió un templo y allí colgó todas las armas que había utilizado en aquel conflicto. (el mismo 27 de agosto).

Felipe Valesio, rey de Francia, derrotó a veinte mil enemigos con un puñado de hombres. Volviendo triunfante ese mismo día a París, se dirigió directamente a la catedral

dedicada a la Virgen María. Allí ofreció su caballo y sus armas reales a su generosa Auxiliadora. (el mismo 23 de agosto.).

Juan Zemisca, emperador de los griegos, derrotó a los búlgaros, rusos, escitas y otros bárbaros, que sumaban trescientos treinta mil y amenazaban el imperio de Constantinopla. La Santísima Virgen envió allí al mártir San Teodoro, que apareció montado en un caballo blanco y rompió las filas enemigas; con lo cual Zemisca construyó un templo en honor de San Teodoro e hizo llevar en triunfo la imagen de María. (Curopalantino).

Juan Comneno, ayudado por la protección de María, derrotó a una horda de escitas y, en recuerdo del acontecimiento, ordenó una fiesta pública en la que la imagen de la Madre de Dios fue llevada triunfalmente en un carro acolchado de plata y gemas preciosas. Cuatro caballos muy blancos conducidos por los príncipes y parientes del emperador tiraban del carro; el emperador caminaba a pie llevando la cruz. (Niceta en sus Anales).

Los ciudadanos de Ipri, asediados por los ingleses y reducidos al extremo, recurrieron con lágrimas a la ayuda de la Madre de Dios, y María apareció visiblemente para consolarlos y poner en fuga a los enemigos. El acontecimiento tuvo lugar en 1383 y el pueblo de Chipre celebra cada año el recuerdo de su liberación con una fiesta religiosa el primer domingo de agosto. (Maffeo lib. 18, *Cronaca Univers.*).

Simón conde de Monforte con ochocientos jinetes y mil infantes derrotó a cien mil albigenses cerca de Tolosa. (Anales de Bzovio año 1213).

Vladislao, rey de Polonia, puso sus armas bajo la protección de la Virgen María, derrotó a cincuenta mil teutones y llevó sus restos como trofeo a la tumba del mártir San Estanislao. Martin Cromerus en su historia de Polonia dice que este santo mártir fue visto, mientras duró la batalla, vestido con ropas pontificias en el acto de animar a los polacos y amenazar a sus enemigos. Se cree que este santo obispo fue enviado por la Virgen para ayudar a los polacos,

que se habían encomendado a María antes de la batalla.

En el año 1546, los portugueses asediados por Mamudio, rey de las Indias, invocaron la ayuda de María. El enemigo contó más de sesenta mil hombres muertos en la guerra. El asedio duraba ya siete meses y estaba a punto de rendirse, cuando una repentina consternación invadió a los enemigos. Una noble matrona, rodeada de un esplendor celestial, apareció sobre una pequeña iglesia de la ciudad y brilló con tal luz sobre los indios que éstos ya no pudieron distinguir a unos de otros y huyeron a toda prisa. (Maffeo lib. 3 Hist. de las Indias).

En el año 1480, mientras los turcos luchaban contra la ciudad de Rodas, ya habían conseguido plantar sus estandartes en las murallas, cuando apareció la Santísima Virgen armada con un escudo y una lanza, con el precursor San Juan Bautista y una hueste de guerreros celestiales armados. Entonces los enemigos se liberaron y se masacraron unos a otros. (Santiago Bosso *Santo de los Caballeros de Rodas*).

Maximiliano, duque de Baviera, redujo a una horda de herejes rebeldes austriacos y bohemios. En el estandarte de su ejército, hizo inscribir la efigie de la Virgen María con las palabras: Da mihi virtutem contro hostes tuos. Dame fuerza contra tus enemigos. (Jeremías Danelio. *Trimegisti cristiani* lib. 2 cap. 4, § 4).

Arturo, rey de Inglaterra, al llevar la imagen de María en su escudo se hizo invulnerable en la batalla; y el príncipe Eugenio con nuestro duque Víctor Amadeo, que la llevaban en el escudo y en el pecho, con un puñado de hombres valerosos derrotaron al ejército francés de 80.000 hombres bajo Turín. La majestuosa Basílica de Superga fue erigida por el citado Duque, entonces Rey Víctor Amadeo, en señal de gratitud por esta victoria.

[\(continuación\)](#)

---

# Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (4/13)

[\*\(continuación del artículo anterior\)\*](#)

## Capítulo V. Devoción de los primeros cristianos a la Santísima Virgen María.

Los mismos fieles de la Iglesia primitiva recurrían constantemente a María como poderosa auxiliadora de los cristianos. Prueba de ello es la conmoción general causada por la noticia de su inminente partida del mundo.

No sólo los que estaban en Jerusalén, sino también los fieles que aún se encontraban en los alrededores de la ciudad, se agolpaban en torno a la pobre casa de María, anhelando contemplar una vez más aquel rostro bendito. Conmovida al verse rodeada de tantos hijos que le mostraban con lágrimas el amor que le profesaban y la pena que sentían por tener que separarse de ella, les hizo la más cálida de las promesas: que les asistiría desde el cielo, que en el cielo, a la diestra de su divino Hijo, tendría mayor poder y autoridad y haría todo lo posible por el bien de la humanidad. He aquí cómo San Juan Damasceno relata este maravilloso acontecimiento:

En el tiempo de la gloriosa Dormición de la Santísima Virgen, todos los santos Apóstoles, que recorrían el orbe de la tierra para la salvación de las naciones, fueron en un momento transportados a Jerusalén. Allí se les apareció una visión de ángeles y se oyó una dulce armonía de potencias celestiales, y así María, rodeada de gloria divina, entregó su santa alma en las manos de Dios. Luego su cuerpo transportado con el canto de los Ángeles y Apóstoles, fue colocado en un

ataúd y llevado a Getsemaní, en cuyo lugar se escuchó el canto de los Ángeles durante tres días continuos. Después de tres días cesó el canto angélico. Santo Tomás, que no había estado con los demás Apóstoles a la muerte de María, llegó al tercer día, y habiendo manifestado el más ferviente deseo de venerar aquel cuerpo que había sido morada de un Dios, los Apóstoles que aún estaban allí abrieron el sepulcro, pero en ninguna parte pudieron encontrar el sagrado cuerpo de ella. Pero habiendo encontrado los paños en que había sido envuelta, que exhalaban un olor dulcísimo, cerraron el sepulcro. Quedaron muy asombrados por este milagro y sólo pudieron concluir que Aquel que había querido tomar carne de la Virgen María, hacerse hombre y nacer, aunque era Dios, el Verbo y el Señor de la gloria, y que después del nacimiento conservó intacta su virginidad, quiso también que su cuerpo inmaculado después de la muerte, conservándolo incorrupto, fuera honrado transportándolo al cielo antes de la resurrección común y universal (San Juan Damasceno).

Una experiencia de dieciocho siglos nos muestra del modo más luminoso que María continuó desde el cielo y con el mayor éxito la misión de madre de la Iglesia y auxiliadora de los cristianos que había comenzado en la tierra. Las innumerables gracias obtenidas después de su muerte hicieron que su culto se difundiera con la mayor rapidez, de modo que, incluso en aquellos primeros tiempos de persecución, allí donde aparecía el signo de la religión católica, allí podía verse también la imagen de María. En efecto, desde los días en que María aún vivía, ya se encontraban muchos devotos suyos, que se reunían en el Monte Carmelo y allí, viviendo juntos en comunidad, se consagraban por entero a María.

No desagrada al devoto lector que relatemos este hecho tal como se narra en el Oficio de la Santa Iglesia bajo la Fiesta de la Santísima Virgen del Monte Carmelo, el 16 de julio.

En el sagrado día de Pentecostés, habiendo sido los Apóstoles llenos del Espíritu Santo, muchos fervientes creyentes (*virii plurimi*) se habían entregado a seguir el

ejemplo de los santos profetas Elías y Eliseo, y a la predicación de Juan el Bautista se habían preparado para la venida del Mesías. Al ver verificadas las predicciones que habían oído del gran Precursor, abrazaron inmediatamente la fe evangélica. Luego, viviendo aún la Santísima Virgen, le tomaron especial afecto y la honraron tanto que en el monte Carmelo, donde Elías había visto subir aquella nubecilla, que era una figura distinguida de María, construyeron un pequeño santuario a la misma Virgen. Allí se reunían todos los días con piadosos ritos, oraciones y alabanzas y la veneraban como singular protectora de la Orden. Aquí y allá empezaron a llamarse hermanos de la bienaventurada Virgen del Carmen. Con el tiempo, los sumos pontífices no sólo confirmaron este título, sino que concedieron indulgencias especiales. María entonces dio ella misma el nombre, concedió su asistencia a este instituto, estableció para ellos un sagrado escapulario, que dio al bienaventurado Simón Stock para que por este hábito celestial se distinguiese aquella sagrada orden y los que lo llevasen estuviesen protegidos de todo mal.

Tan pronto como los Apóstoles llegaron a nuestras tierras para traer la luz del Evangelio, no tardó en surgir en Occidente la devoción a María. Quienes visitan las catacumbas de Roma, y nosotros somos testigos oculares de ello, encuentran todavía en esas mazmorras antiguas imágenes que representan bien las bodas de María con San José, bien la ascensión de María al cielo, y otras que representan a la Madre de Dios con el Niño en brazos.

Un célebre escritor afirma que “en los primeros tiempos de la Iglesia, los cristianos produjeron un tipo de la Virgen de la manera más satisfactoria que la condición del arte en aquella época podía haber requerido. El sentimiento de modestia que resplandecía, según San Ambrosio, en estas imágenes de la Virgen, prueba que, a falta de una efigie real de la Madre de Dios, el arte cristiano supo reproducir en ella la semejanza de su alma, esa belleza física símbolo de perfección moral que no se podía dejar de atribuir a la Virgen divina. Este carácter se encuentra también en ciertas pinturas

de las catacumbas, en las que se pinta a la Virgen sentada con el Niño Jesús sobre sus rodillas, unas veces de pie y otras de medio cuerpo, siempre de una manera que parece ajustarse a un tipo hierático”.

“En las catacumbas de Santa Inés, escribe Ventura, fuera de Porta Pia, donde se pueden ver no sólo tumbas, sino oratorios todavía de cristianos del siglo II llenos de inmensas riquezas de arqueología cristiana y preciosos recuerdos del cristianismo primitivo, se encuentran en gran abundancia imágenes de María con el divino Niño en brazos que atestiguan la fe de la Iglesia antigua sobre la necesidad de la mediación de María para obtener gracias de Jesucristo, y sobre el culto a las imágenes sagradas que la herejía ha intentado destruir, tachándolas de novedades supersticiosas”.

## **Capítulo VI. La B. Virgen explica a San Gregorio [Taumaturgo] los misterios de la fe. – Castigo de Nestorio.**

Aunque la santa Virgen María se ha mostrado en todo tiempo auxilio de los cristianos en todas las necesidades de la vida, parece que quiso de un modo particular manifestar su poder cuando la Iglesia fue atacada en las verdades de la fe, ya por la herejía, ya por las armas enemigas. Recogemos aquí algunos de los acontecimientos más gloriosos que todos concurren a confirmar lo que está escrito en la Biblia. Tú eres como la torre de David, cuyo edificio está rodeado de murallas; mil escudos cuelgan alrededor, y toda clase de armaduras de los más valientes (Cant. 4, 4). Veamos ahora cómo se verifican estas palabras en los hechos de la historia eclesiástica.

Hacia mediados del siglo III vivió san Gregorio, conocido como taumaturgo por la multitud de milagros que realizó. Como el obispo de Neocesarea, su patria, había muerto, San Fedimo, arzobispo de Amasea, de quien aquél dependía, pensó en elevar a San Gregorio a ese obispado. Pero, considerándose indigno de tan sublime dignidad, se ocultó en el desierto; es más, para no ser encontrado, iba de una soledad a otra; pero San Fedimo, iluminado por el Señor, lo

eligió obispo de Neocesarea a pesar suyo, aunque ausente.

Aquella diócesis seguía adorando a falsas divinidades, y cuando s. Gregorio sólo tenía 17 cristianos en total. Gregorio se sintió muy consternado cuando se vio obligado a aceptar una dignidad tan alta y peligrosa, sobre todo porque en aquella ciudad había quienes hacían una mezcla monstruosa de los misterios de la fe con las ridículas fábulas de los gentiles. Rogó, pues, Gregorio a Fedimo que le concediese algún tiempo para instruirse mejor en los sagrados misterios, y pasaba noches enteras en el estudio y la meditación, encomendándose a la Santísima Virgen, que es la madre de la sabiduría, y de la que era muy devoto. Sucedió una noche que, tras larga meditación sobre los sagrados misterios, se le apareció un venerable anciano de celestial belleza y majestad. Asombrado ante tal espectáculo, le preguntó quién era y qué deseaba. El anciano le tranquilizó amablemente y le dijo que había sido enviado por Dios para explicarle los misterios que meditaba. Al oír esto, con gran alegría se puso a mirarle, y con la mano le señaló otra aparición en forma de mujer que brillaba como un relámpago, y en belleza superaba a toda criatura humana. Asustado, se postró en tierra en un acto de veneración. Mientras tanto, oyó que la mujer, que era la Santísima Virgen, llamaba a aquel anciano por el nombre de Juan Evangelista, y le invitaba a explicarle los misterios de la verdadera religión. San Juan contestó que estaba muy dispuesto a hacerlo, puesto que así le agradaba a la Madre del Señor. Y, en efecto, se puso a explicarle muchos puntos de la doctrina católica, entonces aún no dilucidados por la Iglesia y, por tanto, muy oscuros.

Le explicó que había un solo Dios en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que los tres son perfectos, invisibles, incorruptibles, inmortales y eternos; que al Padre se atribuye especialmente el poder y la creación de todas las cosas; que al Hijo se atribuye especialmente la sabiduría, y que se hizo verdaderamente hombre, y es igual al Padre aunque engendrado de él; que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo y es la fuente de toda santidad; Trinidad

perfecta sin división ni desigualdad, que siempre ha sido y será inmutable e invariable.

Una vez explicadas éstas y otras altísimas doctrinas, la visión se desvaneció, y Gregorio escribió inmediatamente las cosas que había aprendido y las enseñó constantemente en su Iglesia, sin dejar nunca de dar gracias a la Santísima Virgen que le había instruido de manera tan portentosa.

Si María demostró ser una ayuda prodigiosa para los cristianos en favor de la fe católica, Dios muestra cuán terribles son los castigos infligidos a los que blasfeman contra la fe. Lo vemos verificado en el fatal fin que sobrevino a Nestorio, obispo de Constantinopla. Negó que la Virgen María fuera propiamente la madre de Dios.

Los graves escándalos causados por su predicación movieron al Sumo Pontífice, que se llamaba Celestino I, a examinar la doctrina del heresiarca, que encontró errónea y llena de impiedad. El paciente pontífice, sin embargo, primero lo amonestó y luego amenazó con separarlo de la Iglesia si no se retractaba de sus errores.

La obstinación de Nestorio obligó al papa a convocar un concilio de más de 200 obispos en la ciudad de Éfeso, presidido por san Cirilo como legado papal. Este concilio, que fue el tercer Concilio Ecuménico, se reunió en el año de Cristo 431.

Los errores de Nestorio fueron anatematizados, pero el autor no se convirtió, sino que se volvió más obstinado. Por ello fue depuesto de su sede, exiliado a Egipto, donde después de muchas tabulaciones cayó en manos de una banda de saqueadores. A causa del exilio, la pobreza, el abandono, una caída de caballo y su avanzada edad, sufrió dolores atroces. Finalmente, su cuerpo vivo se pudrió y su lengua, órgano de tantas blasfemias, se pudrió y se llenó de gusanos.

Así murió quien se atrevió a proferir tantas blasfemias contra la augusta Madre del Salvador.

[\(continuación\)](#)

---

# Congreso Internacional de María Auxiliadora

*Es tradición, desde el centenario de la muerte de Don Bosco en 1988, que cada cuatro años se celebre un Congreso Internacional dedicado a María Auxiliadora. Hasta ahora se han celebrado en Turín-Valdocco, Italia en 1988, en Cochabamba, Bolivia en 1995, en Sevilla, España en 1999, en Turín-Valdocco, Italia en 2003 (en el centenario de la coronación de María Auxiliadora), en Ciudad de México, México en 2007, en Czestochowa, Polonia en 2011, en Turín-Valdocco / Colle Don Bosco, Italia en 2015 (en el bicentenario del nacimiento de Don Bosco) y en Buenos Aires, Argentina en 2019.*

Este año, el IX Congreso Internacional de María Auxiliadora se celebrará en Fátima, del 29 de agosto al 1 de septiembre de 2024, y el tema será: “Os daré a la maestra”, en consonancia con el Aguinaldo del Rector Mayor y celebrando el 200 aniversario del sueño de los nueve años de Don Bosco.

La importancia de María como maestra en la espiritualidad salesiana se manifiesta de manera muy especial en la historia del sueño de nueve años de San Juan Bosco, que le marcó profundamente y lo guio en su camino espiritual y pastoral a lo largo de su vida. Este sueño-profecía también arroja luz sobre este camino de preparación del Congreso de Fátima.

Es sin duda oportuno recordar una parte del relato en la que Jesús presenta a María como “la maestra”, porque es a partir de estas palabras que se harán las reflexiones.

*“- ¿Quién eres tú para ordenarme lo que es imposible?  
– Precisamente porque tales cosas te parecen imposibles, debes hacerlas posibles mediante la obediencia y la adquisición de la ciencia.*

*– ¿Dónde, por qué medios adquiriré la ciencia?*

*– Te daré la maestra, bajo cuya disciplina puedes llegar a ser sabio, y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad.*

*– Pero, ¿quién eres tú que hablas así?*

*– Soy el hijo de aquella a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día.*

*– Mi madre me dice que no me relacione con quienes no conozco, sin su permiso; por tanto, dime tu nombre.*

*– Mi nombre pregúntaselo a mi madre.*

*En aquel momento vi a su lado a una mujer de aspecto majestuoso, vestida con un manto que brillaba por todos lados, como si cada punto de él fuera una estrella resplandeciente. Como cada vez estaba más confuso en mis preguntas y respuestas, me hizo señas para que me acercara a ella, me tomó amablemente de la mano y me dijo:*

*– Mira.*

*Al mirar, vi que todos aquellos niños habían huido, y en su lugar vi una multitud de niños, perros, osos y varios animales más.*

*– Aquí está tu campo, aquí es donde debes trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto: y lo que veas que les ocurre a estos animales en este momento, lo harás por mis hijos”.*

El encuentro comienza con una pregunta desafiante: “¿Quién eres tú, para que me mandes una cosa imposible?” Esta pregunta sirve de puerta de entrada a un viaje hacia la sabiduría, en el que la figura de María se revela como la clave para desentrañar lo aparentemente imposible. Desde la perspectiva de este diálogo revelador, exploraremos la profundidad y relevancia de María como maestra.

La primera indicación procede de Jesús, Pastor y guía: “Precisamente porque tales cosas os parecen imposibles, debéis hacerlas posibles mediante la obediencia y la

adquisición de la ciencia". Toda enseñanza fluye "del Maestro". La obediencia se presenta como la llave que abre la puerta al conocimiento, manifestando la importancia del vínculo íntimo entre humildad y conocimiento, sugiriendo que el aprendizaje eficaz requiere no sólo la búsqueda activa del conocimiento, sino también la voluntad de someterse a la guía de un maestro. María se presenta en este contexto no sólo como la Maestra que enseña, sino que también muestra el camino hacia la comprensión a través de la humildad, de la que también es un ejemplo.

"¿Dónde, por qué medios puedo adquirir la ciencia?" es una pregunta que revela en Juan Bosco una sed de conocimiento que resuena en su corazón. La respuesta, enigmática y divina, señala a María como la dispensadora bajo cuya disciplina se alcanzará la sabiduría. María se convierte así en el vínculo entre el pequeño Juan y la fuente misma del conocimiento que es Jesús, un conocimiento guiado por María, mucho más profundo que el conocimiento ordinario, ya que el objetivo último será alcanzar la sabiduría, el don del Espíritu.

La intriga se intensifica cuando Juan busca conocer la identidad de quien le habla de forma tan enigmática. "Mi nombre pregúntaselo a mi madre", responde. Esta hermosa revelación añade una capa más a la importancia de María como maestra, pues también se la presenta como una «Madre» con conexión con lo divino, ofreciendo así su enseñanza como sagrada y trascendental. El secreto del nombre de este hombre invita sin duda al pequeño Juan a explorar la relación con lo trascendental, a reconocer que la sabiduría no es sólo conocimiento intelectual, sino una conexión espiritual con la fuente misma del ser, y es aquí donde María-Madre desempeña un papel muy importante.

La descripción de María como una figura majestuosa, vestida con un manto resplandeciente, añade una dimensión celestial a su importancia como maestra. El manto brillante como las estrellas sugiere que su enseñanza ilumina las mentes igual que las estrellas iluminan la oscuridad del

cielo nocturno. María no es sólo la maestra que proporciona información; es la fuente de una sabiduría que ilumina el camino, disipando la oscuridad de la ignorancia.

Juan Bosco es conducido a un momento particular de revelación cuando María le invita a “mirar”. Este acto de mirar revela una profunda transformación. Los niños agresivos desaparecen, dejando paso a una multitud de animales mansos y tranquilos. Este cambio simboliza una metamorfosis, indicando que, bajo la tutela de María, se transforma la visión del mundo. El campo se convierte en el escenario en el que trabaja Juan, lo que indica que la enseñanza de María no es sólo una abstracción, sino una instrucción que debe transformarse en realidad. “Aquí está tu campo, aquí es donde debes trabajar. Hazte humilde, fuerte, robusto...”. Las palabras de María indican una llamada a la acción. María no sólo guía en la esfera intelectual, sino que también instruye en la práctica de la sabiduría. La instrucción de hacerse humilde, fuerte y robusto indica que su enseñanza es un proceso, un camino de transformación interior, un proyecto de vida para el bien de uno mismo y de los demás.

Así, en la preparación y durante este Congreso, se hace una invitación a dejarse envolver por las palabras y la guía de María, nuestra Madre y Maestra. Desde desentrañar lo imposible hasta destacar el vínculo entre humildad y conocimiento, María emerge como una guía que no sólo imparte información, sino que conduce a quienes se dejan enseñar por ella a una conexión más profunda con lo divino. En última instancia, la importancia de María, la Maestra, reside en su capacidad para iluminar el camino hacia la realización espiritual, invitándonos no sólo a buscar la sabiduría, sino a vivirla. María, la Maestra divina, se convierte en la brújula que nos orienta hacia el bien, revelando lo que parece imposible y guiándonos hacia una comprensión más profunda de la finalidad de la existencia.

Para prepararnos para este importante momento, se está organizando un curso de formación, y los materiales propuestos pueden encontrarse en el [sitio web de ADMA](#).

Puedes encontrar información sobre el evento en la [página web del Congreso](#).

Así como María guio y enseñó a los tres niños pastores de Fátima el horror del pecado y la belleza de la virtud, así como guio a Juan Bosco a lo largo de su vida por un camino de obediencia y humildad, que guíe también a la Familia Salesiana en este Congreso que ya es inminente. Bajo su protección y guiados por su mano, también nosotros queremos realizar el sueño de Dios en nuestras vidas.

*P. Gabriel Cruz Trejo, sdb*

---

## **Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (3/13)**

[\*\(continuación del artículo anterior\)\*](#)

**Capítulo III. María manifiesta en la boda de Caná su celo y poder junto a su hijo Jesús.**

En el Evangelio de s. Juan encontramos un hecho que demuestra claramente el poder y el celo de María al acudir en nuestra ayuda. Relatamos el hecho tal como nos lo cuenta el evangelista s. Juan en el en c. II.

Había una boda en Caná de Galilea y la madre de Jesús estaba allí. Y Jesús con sus discípulos también fue invitado a la boda. Cuando se acabó el vino, su madre dijo a Jesús: No tienen más vino. Jesús le dijo: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Mi hora aún no ha llegado. Dijo su madre a los que servían: Haced lo que él os diga. Había seis tinajas de

piedra preparadas para la purificación de los judíos, las cuales contenían de dos a tres metros. Jesús les dijo: Llenad de agua esas tinajas. Y las llenaron hasta el borde. Jesús les dijo: Sacad ahora y llevad al maestra sala. Y las llevaron. Y en cuanto probó el agua convertida en vino, el maestra sala, que no sabía de dónde venía (pero sí lo sabían los criados que habían sacado el agua), el maestra sala llamó al novio y le dijo: Todos sirven el mejor vino desde el principio, y cuando la gente está saciada, entonces se ofrece el inferior, pero tú has guardado el mejor hasta ahora. Así comenzó Jesús en Caná de Galilea a hacer milagros y a manifestar su gloria, y en él creyeron sus discípulos.

Aquí s. Juan Crisóstomo pregunta: ¿Por qué María esperó hasta esta ocasión de las bodas de Caná para invitar a Jesús a hacer milagros y no le rogó antes que los hiciera? Y responde que esto lo hizo María por espíritu de sumisión a la providencia divina. Durante treinta años Jesús había llevado una vida oculta. Y María, que atesoraba todos los actos de Jesús, *conservabat haec omnia conferens in corde suo* (conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón), como dice s. Lucas (Lc 2, 19), veneró con respetuoso silencio aquella humillación de Jesús. Cuando entonces se dio cuenta de que Jesús había comenzado su vida pública, de que s. Juan en el desierto ya había comenzado a hablar de él en sus sermones, y de que Jesús ya tenía discípulos, entonces siguió la iniciación de la gracia con aquel mismo espíritu de unión con Jesús con el que durante treinta años había respetado su ocultamiento e interpuesto su oración para instarle a realizar un milagro y manifestarse a los hombres.

S. Bernardo, en las palabras *Vinum non habent*, non, ten vino, ve una gran delicadeza de María. No hace una oración prolija a Jesús como Señor, ni le manda como a un hijo; sólo le anuncia la necesidad, la falta de vino. Con corazones benéficos e inclinados a la liberalidad, no hay necesidad de arrancarles la gracia con industria y violencia, basta con proponer la ocasión. (S. Bernardo serm. 4 en cant.)

El doctor angélico, s. Tomás, admira la ternura y

la misericordia de María en esta breve oración. Porque es propio de la misericordia considerar las necesidades de los demás como propias, ya que la palabra misericordioso casi significa un corazón hecho para los miserables, para levantar a los miserables, y aquí cita el texto de San Pablo a los Corintios: *Quis infirmatur et ego non infirmor? ¿Quién está enfermo para que yo no lo esté?* Ahora bien, como María estaba llena de misericordia, quiso proveer a las necesidades de estos huéspedes y por eso dice el Evangelio: Faltando el vino, la Madre de Jesús se lo dijo a él. De ahí que s. Bernardo nos anime a dirigirnos a María, porque si ella tuvo tanta compasión de la vergüenza de aquellos pobres y proveyó a ellos, aunque no rezara, ¿cuánto más tendrá piedad de nosotros si la invocamos con confianza? (s. Bernardo *serm. 2 dominiate II Épif.*)

S. Tomás alaba de nuevo la solitud y diligencia de María al no esperar a que el vino faltara por completo y los invitados se dieran cuenta de ello para deshonor de los convidados. En cuanto la necesidad fue inminente, acudió en ayuda, según el dicho del Salmo 9: *Adiutor in opportunitatibus, in tribulatione.*

La bondad de María hacia nosotros demostrada en este acontecimiento resplandece aún más en la conducta que mantuvo tras la respuesta de su divino hijo. Ante las palabras de Jesús, un alma menos confiada, menos valiente que María, habría desistido de seguir esperando. En cambio, María, nada turbada, se volvió a los criados que estaban a la mesa y les dijo: Haced lo que él os diga. *Quodcumque dixerit vobis, facite* (cap. II, v. 4). Como si dijera: Aunque parezca negarse a hacer, sin embargo, hará (Beda).

El erudito P. Silbeira enumera un gran complejo de virtudes que resplandecen en estas palabras de María. La Virgen dio (dice este autor) un ejemplo luminoso de fe, pues aunque oyó de su hijo la dura respuesta: *Qué tengo yo que ver contigo, no vaciló.* Cuando la fe es perfecta, no vacila ante ninguna adversidad.

Ella enseñó la confianza: pues, aunque oyó de su hijo palabras que parecían expresar una negativa, de hecho, como dice el citado Beda, bien podía creer que Cristo rechazaría sus plegarias, sin embargo, actuó contra toda esperanza, confiando plenamente en la misericordia del hijo.

Enseñó el amor a Dios, mientras procuraba que por un milagro se manifestara su gloria. Enseñó la obediencia, mientras persuadía a los siervos a obedecer a Dios no en esto ni en aquello, sino en todo sin distinción; *quodcumque dixerit*, lo que él os diga. También dio un ejemplo de modestia cuando no aprovechó la ocasión para vanagloriarse de ser la madre de un hijo así, pues no dijo: "Lo que mi hijo os diga", sino que habló en tercera persona. No obstante, inspiró reverencia a Dios al no pronunciar el santo nombre de Jesús. Nunca he encontrado todavía, dice este autor, en la Escritura que la Santísima Virgen pronunciara este santísimo nombre por la gran reverencia que le profesaba. Daba ejemplo de prontitud, pues no les exhortaba a oír lo que iba a decir, sino a hacerlo. Por último, enseñaba prudencia con misericordia, pues decía a los criados que hiciesen *todo lo que les mandase*, para que cuando oyesen la orden de Jesús de llenar de agua las tinajas, no la imputasen una ridiculez: era una suprema y prudente misericordia para evitar que otros cayesen en el mal (P. Silveira, *tom. 2, lib. 4, quest. 21*).

#### **Capítulo IV. María elegida como auxilio de los cristianos en el Calvario por Jesús moribundo.**

La prueba más espléndida de que María es la ayuda de los cristianos la encontramos en el monte Calvario. Mientras Jesús agonizaba en la cruz, María, superando su debilidad natural, le ayudó con una fuerza sin precedentes. Parecía que a Jesús ya no le quedaba nada más por hacer para demostrar cuánto nos amaba. Su afecto, sin embargo, todavía le hizo encontrar un regalo que iba a sellar toda la serie de sus bendiciones.

Desde lo alto de la cruz, dirigió su mirada agonizante a su madre, el único tesoro que le quedaba en la

tierra. Mujer, dijo Jesús a María, he ahí a tu hijo; luego dijo a su discípulo Juan: he ahí a tu madre. Y a partir de ese momento, concluye el evangelista, el discípulo la tomó entre sus bienes.

Los santos Padres reconocen en estas palabras tres grandes verdades:

1. Que s. Juan sucedió a Jesús en todo como hijo de María;

2. Que, por tanto, todos los oficios de la maternidad que María ejerció sobre Jesús pasaron al nuevo hijo Juan;

3. 3. Que en la persona de Juan Jesús quiso incluir a todo el género humano.

María, dice s. Bernardino de Siena, por su amorosa cooperación en el ministerio de la Redención nos ha engendrado verdaderamente en el Calvario a la vida de la gracia; en el orden de la salud todos nacemos de los dolores de María como del amor del Padre Eterno y de las aflicciones de su Hijo. En aquellos preciosos momentos María se convirtió estrictamente en nuestra Madre.

Las circunstancias que acompañaron este acto solemne de Jesús en el Calvario confirman lo que afirmamos. Las palabras escogidas por Jesús son genéricas y apelativas, observa el ya citado Padre Silveira, pero son suficientes para hacernos saber que estamos ante un misterio universal, que incluye no sólo a un hombre, sino a todos aquellos a quienes corresponde este título de discípulo amado de Jesús. Así, las palabras del Señor son una amplísima y solemne declaración de que la Madre de Jesús se ha convertido en madre de todos los cristianos: *Ioannes est nomen particulare, discipulus commune ut denotetur quod Maria omnibus detur in Matrem.*

Jesús en la cruz no fue una mera víctima de la malignidad de los judíos, fue un pontífice universal que obraba como reparador de todo el género humano. Así, de la misma manera, que al implorar perdón a los crucificadores lo obtuvo para todos los pecadores; al abrir el Paraíso al buen

ladrón, lo abrió para todos los penitentes. Y así como los crucificados en el Calvario, según la enérgica expresión de s. Pablo, representaban a todos los pecadores, y el buen ladrón a todos los verdaderos penitentes, así s. Juan representaba a todos los verdaderos discípulos de Jesús, los cristianos, la Iglesia católica. Y María se convirtió, como dice s. Agustín, la verdadera Eva, la madre de todos los que viven espiritualmente, *Mater viventium*; o como dice s. Ambrosio, la madre de todos los que creen cristianamente; *Mater omnium credentium*. María, pues, convirtiéndose en nuestra madre en el Calvario, no sólo tuvo el título de ayudar a los cristianos, sino que adquirió el oficio, el magisterio, el deber. Tenemos, pues, un derecho sagrado de recurrir a la ayuda de María. Este derecho está consagrado por la palabra de Jesús y garantizado por la ternura maternal de María. Ahora bien, que María interpretó en este sentido la intención de Jesucristo en la cruz y que Él la hizo madre y auxiliadora de todos los cristianos, lo prueba su conducta posterior. Sabemos por los escritores de su vida cuánto celo mostró en todo tiempo por la salud del mundo y por el aumento y gloria de la santa Iglesia. Dirigió y aconsejó a los Apóstoles y discípulos, exhortó y animó a todos a conservar la fe, a preservar la gracia y a hacerla activa. Sabemos por los Hechos de los Apóstoles cuán asidua era a todas las reuniones religiosas que celebraban aquellos primeros fieles de Jerusalén, pues nunca se celebraban los divinos misterios sin que ella tomara parte en ellos. Cuando Jesús ascendió al cielo, ella le siguió con los discípulos hasta el monte de los Olivos, al lugar de la Ascensión. Cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles el día de Pentecostés, ella estaba con ellos en el Cenáculo. Así lo dice s. Lucas que, después de nombrar uno por uno a los Apóstoles reunidos en el Cenáculo, dice: "Todos éstos perseveraban en la oración junto con las mujeres y con María, la madre de Jesús".

Los Apóstoles y demás discípulos, y cuantos cristianos vivían entonces en Jerusalén y sus alrededores, acudían a María en busca de consejo y dirección.

[\(continuación\)](#)

---

# Maravillas de la Madre de Dios invocadas bajo el título de María Auxiliadora (2/13)

[\(continuación del artículo anterior\)](#)

**Capítulo II. María mostrada como auxilio de los cristianos por el Arcángel Gabriel en el acto de proclamarla Madre de Dios.**

Las cosas hasta aquí expuestas fueron recogidas del Antiguo Testamento y aplicadas por la Iglesia a la Santísima Virgen María; pasemos ahora al sentido literal según lo que está escrito en el Santo Evangelio.

El evangelista s. Lucas en el capítulo I de su Evangelio relata que habiendo sido enviado por Dios el Arcángel Gabriel para anunciar a María Santísima la dignidad de Madre de Jesús, le dijo: *Ave, gratia plena, Dominus tecum, benedicta tu in mulieribus*. Dios te salve, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre todas las mujeres.

El Arcángel Gabriel saludando a María la llama llena de gracia. Por tanto, María posee la plenitud de la misma.

San Agustín exponiendo las palabras del Arcángel saluda así a María: Dios te salve, oh María, llena eres de gracia, el Señor es contigo; Tú en el corazón, Tú en el vientre, Tú en las entrañas, Tú en el socorro. *Ave María, gratia plena, Dominus tecum, tecum in corde, tecum in ventre, tecum in utero, tecum in auxilio*. (August. en Serm. de nat. B. M.).

El doctor angélico Santo Tomás dice de las palabras *Gratia plena* que María debió tener verdaderamente la plenitud de las gracias y razona así: Cuanto más cerca se está de Dios, más se participa de la gracia de Dios. De hecho, los ángeles del cielo que están más cerca del trono divino son más favorecidos y ricos que los demás. Ahora bien, María, la más cercana a Jesús por haberle dado la naturaleza humana, debía ser enriquecida con la gracia. (*D. Tomás 3, p., qu. 27, act. 5*).

Lo dijo muy bien el ángel Gabriel, proclamando a *María, llena de gracia*, observa san Jerónimo, porque esa gracia, que sólo se comunica en parte a los demás santos, se prodigó en María en toda su plenitud.

*Dominus tecum*. El Arcángel, para confirmar esta plenitud de gracia en María, explica y amplía las primeras palabras *gratia plena* añadiendo *Dominus tecum*, el Señor está contigo. Aquí desaparece toda duda de exageración de las palabras anteriores. Ya no es sólo la gracia de Dios la que viene en toda su abundancia en María, sino que es Dios mismo quien viene a colmarla de Sí mismo y a establecer su morada en su casto seno, haciéndolo su templo, santificando así al Altísimo su tabernáculo: *Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus*.

Así también, según el sentido de la Iglesia, comentan st. Tomás de Aquino y san Lorenzo Justiniano y san Bernardo.

Y dado que María, en su profunda humildad, se turbó y pidió explicaciones de tan extraordinaria anunciación, el Arcángel Gabriel confirmó lo que había dicho y desarrolló su significado. *Ne timeas, Maria, dixit Gabriel, invenisti enim gratiam apud Deum: Ecce concipies in utero et paries filium et vocabis nomen eius Jesum*. No temas, oh María, porque has hallado gracia ante Dios: He aquí que concebirás y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Y queriendo explicar cómo tendría lugar el misterio, añadió: *Spiritus Sanctus superveniet in te et virtus Altissimi obumbrabit tibi, ideoque et quod nascetur ex te Sanctum vocabitur Filius Dei*. El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo

te cubrirá con su sombra, y por eso también el que nazca de ti Santo será llamado Hijo de Dios.

Escuchemos ahora a s. Antonino Arzobispo de Florencia para explicar estas palabras del Evangelio.

“De estas palabras (*invenisti gratiam*) se manifiesta la excelencia de María. El Ángel, al decir que María encontró la gracia, no quiere decir que la encontró sólo entonces, mientras que María ya tenía la gracia antes de la Anunciación del Ángel; la tenía desde su nacimiento; por tanto, nunca la perdió, sino que la encontró en favor de todo el género humano, que la había perdido con el pecado original. Adán con su pecado perdió la gracia para sí y para todos, y con la penitencia que hizo después sólo la recuperó para sí. María la encontró entonces para todos, porque por María todos tuvieron virtualmente la gracia, en cuanto que por María tuvimos a Jesús que nos trajo la gracia.” (D. Antonino parte. tit. 15, § 2).

Por lo tanto, es incuestionable lo que enseñan los santos Padres, a saber, que María al encontrar esta gracia restituyó a la humanidad tanto bien como el mal que Eva nos había traído al perder la gracia.

Así que el cardenal Ugone, tomando la palabra en nombre de los hombres, se presenta humildemente a María y le dice: “No debes ocultar esta gracia, que has encontrado, porque no es tuya, sino que debes ponerla en común para que los que la perdieron puedan recuperarla como es justo. Por eso, los que pecaron y perdieron la gracia, corran a la Virgen y, encontrándola con María, digan con humildad y confianza: Devuélvenos, oh Madre, nuestra propiedad, que has encontrado. Y no podrán negar haberla hallado, pues el Ángel da testimonio de ello, diciendo: *Invenisti*, la habéis hallado, no comprado, pues eso no sería gracia, sino recibido gratuitamente, por tanto, *invenisti*, la habéis hallado.”

La misma verdad se desprende de las palabras que Santa Isabel dirigió a María. Cuando la Santísima Virgen fue a visitar a s. Isabel, ésta, apenas la vio, quedó llena del

Espíritu Santo, y tan llena que comenzó a profetizar inspiradamente: *Benedicta tu inter mulieres, et benedictus fructus ventris tui.*

¿No hemos de confesar que María había recibido la misión de santificar? Y sí, fue precisamente María quien llevó a cabo esta santificación de Isabel, pues s. Lucas dice con precisión: *Et factum est ut audivit salutationem Mariae Elisabeth exultavit infans in utero eius et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth.* Y sucedió que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, el niño saltó en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo. Precisamente cuando María entró en su casa la saludó e Isabel oyó el saludo. Orígenes dice que s. Juan no pudo sentir la influencia de la gracia antes de que ella, que llevaba la autoridad de la gracia, estuviera presente ante él. Y el cardenal Ugone, observando que Isabel se llenó del Espíritu Santo y santificó a Juan al oír el saludo de María, concluye: "Saludémosla, pues, a menudo, para que en su saludo nos encontremos también nosotros llenos de gracia, ya que de ella está escrito especialmente: La gracia se derrama en tus labios, de modo que la gracia brota de los labios de María. *Repleta est Spiritu Sancto Elisabeth ad vocem salutationis Mariae: ideo salutanda est frequenter ut in eius salutatione gratia repleamur; de ipsa enim specialiter dietim est: Diffusa est gratia in labiis tuis (Ps. 14) Unde gratia ex labiis eius fluit.*"

Santa Isabel, siguiendo la inspiración del Espíritu Santo, con el que había sido colmada, correspondió al saludo de María diciéndole: *Benedicta tu inter mulieres:* Bendita tú entre las mujeres. Con estas palabras, el Espíritu Santo, por boca de Isabel, exaltó a María por encima de cualquier otra mujer afortunada, queriendo enseñar que María había sido bendecida y favorecida por Dios al elegirla para traer a los hombres esa bendición, que se había perdido en Eva y que se había esperado durante cuarenta siglos, esa bendición que, eliminando la maldición, debía confundir la muerte y darnos la vida eterna. A las felicitaciones de su pariente, María respondió también con inspiración divina: *Magnificat*

*anima mea Dominum, quia respexit humilitatem ancillae suae, ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* Mi alma exalta la grandeza del Señor... porque ha mirado la humildad de su sierva, pues he aquí que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. (Lc. 1, v. 46 y ss.).

¿Por qué la llamarían bienaventurada todas las generaciones? Esta palabra abarca no sólo a todos los hombres que vivían en aquel tiempo, sino también a los que vendrán después hasta el fin del mundo. Ahora bien, para que la gloria de María se extendiera a todas las generaciones, y para que pudieran llamarla bienaventurada, era necesario que algún bien extraordinario y eterno viniera de María a todas estas generaciones; de modo que siendo perpetuo en ellas el motivo de su gratitud, fuera razonable la perpetuidad de la alabanza. Ahora bien, este beneficio continuo y admirable no puede ser otro que la ayuda que María presta a los hombres. Ayuda que debe abarcar todos los tiempos, extenderse a todos los lugares, a toda clase de personas. San Alberto Magno dice que María es llamada beata por excelencia, del mismo modo que al decir el Apóstol nos referimos a s. Pablo.

Antonio Gistandis, escritor dominico, se pregunta cómo puede decirse que María ha sido bendecida por todas las generaciones, mientras que nunca lo fue por los judíos y los mahometanos. Y responde que esto se dijo en sentido figurado para indicar que de cada generación algunos la bendecirían. Pues, como dice Lirano, en todas las generaciones hubo conversos a la fe de Cristo que bendijeron a la Virgen; y en el mismo Alcorano, que es el libro escrito por Mahoma, encontramos muchas alabanzas a María (Ant. Gistandis Fer. 6, 4 Temp. adv.). Por esta misma razón María es proclamada bendita entre todas las generaciones: *Beatam me dicent omnes generationes.*

He aquí cómo el ungido y abundantemente sentimental cardenal Ugone comenta este pasaje:

“Me llamarán bienaventurada todas las generaciones, es decir, de los judíos, de los gentiles; o de los hombres y de las mujeres, de los ricos y de los pobres, de

los ángeles y de los hombres, porque por ella todos recibieron la bendición de la salud. Los hombres fueron reconciliados y los ángeles reparados; porque Cristo, el Hijo de Dios, obró la salud en medio de la tierra, es decir, en el seno de María, que puede llamarse el centro de la tierra. Porque hacia ella vuelven sus ojos los que gozan del cielo, y los que moran en el infierno, es decir, en el limbo, y los que trabajan en el mundo. Los primeros para ser redimidos, los segundos para ser expiados, los terceros para ser reconciliados. Por eso, bendita sea María por todas las generaciones". Y aquí exclama en el arrebatado de veneración: "Oh Virgen bendita, porque a todas las generaciones diste vida, gracia y gloria: vida a los muertos, gracia a los pecadores, gloria a los desdichados." Y aplicando a María las palabras con que fue alabada Judit, le dice: *Tu gloria Ierusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri quia fecisti viriliter*. En primer lugar, viene a alabarla la voz de los ángeles, cuya ruina es reparada por ella; en segundo lugar, la voz de los hombres, cuya tristeza es alegrada por ella; después, la voz de las mujeres, cuya infamia es borrada por su obra; finalmente, la voz de los muertos en el limbo, que por María son redimidos de la esclavitud e introducidos gloriosamente en su patria.

[\(continuación\)](#)